

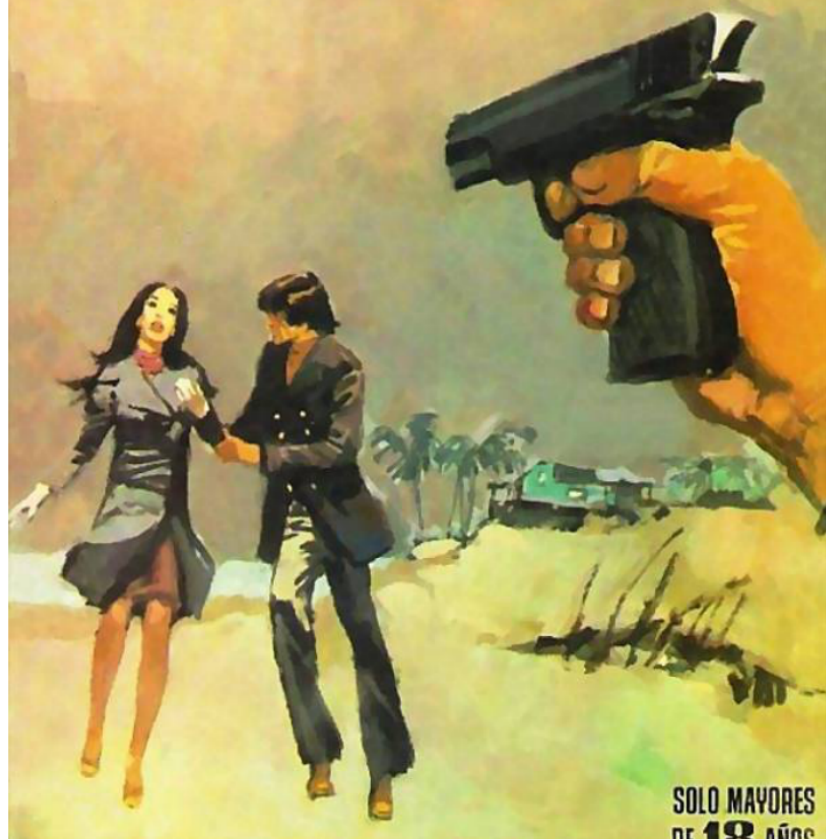
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

PAJAROS
NEGROS

*Clark
Carrados*





SERVICIO SECRETO



CLARK CARRADOS

PÁJAROS NEGROS

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.654

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.789 - Abogado de revólver.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.643 - Cabeza de oro.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.658 - Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 - Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 - Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

636 - Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 - El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 - Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 - Contratados para morir.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

66 - Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

1.041 - La bola de cristal color de sangre.

En Colección COLORADO:

1.069 - Unidos por el odio.

ISBN 84 02-02513-7
Depósito legal: B. 5.744-1982
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: abril, 1982
1.^a edición en América: octubre, 1982

© Clark Carrados -1982
Texto

© Desilo -1982
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1982

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando recibió la carta, lo primero que pensó fue que se trataba de la obra de un bromista con un pésimo sentido del humor. Luego, tras un detenido examen de su contenido, se dio cuenta de que no, que no era una broma y que el autor de la misiva la había redactado sin el menor humor, totalmente en serio.

La carta, pulcramente escrita a máquina, en un papel de excelente calidad, mencionaba una serie de hechos y acciones, con inclusión de fechas, lugares y otros datos, que la convertían en un pequeño relato en el que la imaginación estaba excluida. Todo parecía auténtico y real y todo debía de haber sucedido tal como aseguraba el autor del mensaje.

Finalmente, la carta incluía un párrafo que Gene Wall estudió con más detenimiento que el resto:

Y, para evitar que estos hechos se divulguen de forma inconveniente para usted, deberá depositar la suma de
25 000

dólares, en billetes de 100, al pie de la cuarta palmera de la sexta hilera del Palms Garden, en un hueco que verá, oculto por un pequeño macizo de flores, el día 14 del actual y antes de las siete de la mañana. Le conviene pagar esa suma, porque se evitará muchos disgustos, uno de los cuales podría ser el último de su vida.

Gene Wall contempló la carta en silencio durante varios minutos. Claramente se veía que era un intento de chantaje. Y, por si fuese poco, al final, y como firma, se veía el dibujo, hecho sin duda con una estampilla, de unos pájaros negros. Le parecieron cuervos y el remate del mensaje así lo confirmaba, un remate particularmente truculento: Los cuervos no perdonan.

Estuvo dudando si echarse a reír o romper la carta en mil pedazos, pero, al fin, optó por una tercera solución. Aún tenía una semana hasta el día señalado por el chantajista.

—Ese tipo va a saber lo que es bueno —gruñó.

Después de lo cual, se olvidó de la carta y se concentró en su trabajo, que estimaba infinitamente más interesante.

Más o menos, por las mismas fechas, Karen Stapleton recibió una carta similar, redactada en idénticos tonos, aunque con una exposición de hechos notablemente distinta. La cifra que le pedían era asimismo considerablemente más elevada: cincuenta mil dólares.

—Pero ¡qué desvergüenza! —se escandalizó Karen.

Era una muchacha preciosa, de cabellos leonados, ojos grises y una silueta escultural. Karen resultaba bastante conocida en determinados ambientes y su nombre y su imagen habían aparecido innumerables veces en revistas gráficas, especialmente las llamadas «del corazón». También otra clase de revistas habían querido incluirla en sus páginas gráficas, sólo que sin ropa, a lo que Karen se había negado siempre rotundamente, a pesar de que en cierta ocasión la habían ofrecido nada menos que un cuarto de millón por posar para el fotógrafo como su madre la trajo al mundo.

La carta, sin embargo, contenía un error monumental. Tras mucho reflexionar, Karen decidió dar su respuesta al chantajista de la única forma que le era posible en aquellas circunstancias.

Porque la carta había sido mal dirigida y no estaba dispuesta a pagar las consecuencias de algo que no era cierto.

—Incluso, aunque fuese verdad, tampoco pagaría —se dijo resueltamente.

Karen hizo caso omiso del párrafo final de la carta:

Dentro de pocos días, sabrá qué les sucede a las personas que se niegan a cumplir mis peticiones. Téngalo siempre presente y no olvide que ¡Los cuervos no perdonan!

—¡Ja! —dijo Karen—. Aguarda un poco, miserable; vas a saber quién es la hija de Warren Wilbur William Stapleton.

Era una muchacha enérgica y resuelta. Lo había demostrado en más de una ocasión y pensaba hacerlo también ahora.

Por aquellas fechas, Trunney Rowe recibió otra carta, esta de contenido notablemente distinto a las anteriores. Además, la carta contenía cincuenta billetes de cien dólares, pero cortados por la mitad, según una línea que formaba un ángulo recto hacia el centro

del billete. Cada corte, aunque todos parecían iguales, era ligeramente diferente a los demás y Rowe no dudó de que el autor del envío se había mostrado muy cuidadoso al utilizar las tijeras.

La carta decía:

Se llama Mailing T. Auckland y reside en el número 7414 de la Décima Avenida. Antes del día 14 del actual, el señor Auckland habrá pasado a mejor vida, mediante el procedimiento que usted mismo elegirá y en el que, sin duda alguna es un verdadero experto.

Cuando el señor Auckland haya iniciado su tránsito hacia un mundo más agradable que éste, usted recibirá las cincuenta mitades de los billetes que acompañan a esta carta. No trate de engañarme ni de incumplir esta orden. Yo sé quién es usted y cuál es su profesión verdadera y, aparte de que podría sentirme inclinado a dar de lado mi repugnancia por la sangre, lo cual quiere decir que le mataría con mis propias manos, pudiera suceder también que no me atreviese a tanto por timidez, pero, entonces, la Policía recibiría puntual información acerca del autor de varias muertes misteriosas, entre ellas las de Walter Corrigan, Kim Dodero y Pete *el Rana*.

Haga lo que le digo y todo marchará bien. Los cuervos premian a quienes les sirven fielmente, pero no perdonan a los traidores.

Durante largo rato, Rowe estuvo contemplando los billetes partidos. Al fin llegó a la conclusión de que el autor del mensaje hablaba totalmente en serio, pese a algunos toques de humor en el contenido de la carta. Y, qué diablos, cinco mil dólares eran un premio digno de sus habilidades.

Las habilidades de Rowe consistían en despachar gente al otro mundo por dinero.

Silbando suavemente, Rowe fue al escondite secreto donde guardaba su arsenal privado, sacó una pistola y empezó a engrasarla con el máximo cuidado.

Llegó muy temprano al Palms Garden, casi todavía de noche, y buscó la zona de las palmeras. Cuando encontró la cuarta de la sexta hiera, levantó la vista y contempló la copa frondosa, rebosante de grandes hojas, que apenas se agitaban con la brisa matutina.

Llevaba a la espalda una amplia mochila, que contenía algo que abultaba bastante. Su indumentaria consistía en un mono con una inscripción en la espalda, y gruesos guantes de cuero. Aunque no había llevado sogas ni escalera, confiaba en poder trepar hasta la

copa de la palmera.

Cuando se disponía a hacerlo, una pareja de madrugadores llegaron haciendo *jogging* y se pararon un instante, sorprendidos al verle con las manos en el tronco del árbol.

Wall emitió una alegre sonrisa.

—Servicio de Investigaciones Botánicas —dijo.

Los madrugadores amantes del deporte eran un joven matrimonio, y se quedaron estupefactos al oír la aclaración de Wall.

—Pero ahí pone Reparación de Radio y TV —dijo ella, señalando el mono que vestía Wall.

—El presupuesto es muy bajo y no da bastante para unas ropas adecuadas —contestó el joven con desparpajo—. Disculpen...

Empezó a trepar y, a los pocos momentos, se hallaba instalado en la copa de la palmera. Entonces, se quitó la mochila de la espalda y empezó a preparar lo que él llamaba su contraofensiva.

Lo primero que hizo fue aprestar la cámara fotográfica, con un *flash* muy potente. Luego situó a su lado un recipiente metálico, con capacidad para veinte litros de líquido.

Esperó pacientemente. La luz aumentó y salió el sol. Dieron las siete de la mañana. A las siete y cuarto, un viejo madrugador se acercó a la palmera.

Era un anciano que vestía pulcramente y se apoyaba en un bastón de ébano con puño de plata. Wall pensó que, a cierta edad, la gente es propensa a salir a pasear con el sol. Le gustó el aire de dignidad y discreta elegancia del anciano.

—Cuando yo tenga sus años, me gustaría ser como él —murmuró.

Pero, de pronto, se puso rígido.

—Demonios, es el chantajista...

El viejo estaba hurgando con el bastón tras el macizo de flores. Wall apreció claramente la sensación de descontento que se producía en él, cuando advirtió que no había nada en el hueco.

Entonces, lanzó un pequeño grito:

—¡Eh, usted!

El anciano levantó la vista instintivamente. Un tremendo fogonazo brilló entre las hojas de la palmera. El hombre lanzó un terrible rugido de furia.

Pero todavía estaba mirando hacia arriba cuando, de repente,

algo empezó a caer sobre él, como una lluvia espesa y de olor poco agradable.

Veinte litros de pintura amarilla cayeron desde la altura. El viejo quedó manchado de los pies a la cabeza. Blasfemó horriblemente, pero, reaccionando en el acto, echó a correr con una rapidez impropia de su avanzada edad.

Wall se echó a reír. No tenía prisa ninguna por alcanzar al fugitivo. Ni siquiera abrigaba intención de hacerlo.

El chantajista tenía ya bastante, se dijo. Si era un tipo listo, sabría que no conseguiría nada de él.

—Espero que no vuelva a molestarme más —dijo, mientras descendía del árbol. Sería interesante ver más tarde la fotografía obtenida. Pero no era cosa de urgencia.

Bajó de la palmera, caminó treinta metros y, de pronto, se encontró con una hermosa muchacha, cuyo vestido estaba parcialmente manchado de pintura amarilla.

La joven parecía furiosa.

—¡Qué animal! —exclamó—. Pasó por mi lado, convertido en un muñeco amarillo, tropezó conmigo y...

Wall sonrió.

—Temo, señorita, que habré de cargar con el importe de un nuevo vestido —dijo—. Ese que lleva usted ha quedado totalmente inutilizado y ha sido por mi culpa.

CAPÍTULO II

Karen Stapleton miró con curiosidad al hombre alto y bien parecido que tenía frente a sí y que vestía un usado mono de color caqui. El pelo intensamente negro de Wall contrastaba con sus ojos azules y le confería un aspecto singularmente atractivo.

—¿De modo que ha sido usted...?

—Lo lamento infinito, pero no por ello voy a negar mi culpa —respondió el joven—. Aunque, bien mirado, la culpa no es totalmente mía, sino del sinvergüenza que quería estafarme.

—Adivino lo que le pasa —exclamó Karen—. Usted ha recibido una carta firmada por unos pájaros negros.

—¡Exacto! ¿Cómo lo sabe?

Karen sacó una cuartilla y la agitó varias veces.

—Estoy en el mismo caso —sonrió.

—Vaya coincidencia —dijo Wall—. ¿También le pedían veinticinco mil dólares?

—Cincuenta mil.

—¡Caramba, qué vergüenza!

—¿Vergüenza? —se sorprendió la muchacha.

—Claro, a usted le piden el doble que a mí... Esto siempre es humillante para el orgullo masculino...

Karen se echó a reír. Era la suya una risa franca, espontánea. Wall se sintió inmediatamente atraído hacia la muchacha.

—Si no le importa, me reiré con usted —dijo.

—¿Le ha molestado?

—Oh, no, en absoluto. Por cierto, no me he presentado todavía. Me llamo Wall, Eugene Francis Wall, pero le agradeceré que me llame Gene a secas.

—Soy Karen Stapleton ¡Hola, Gene! —contestó ella, a la vez que le tendía la mano.

—Stapleton, de la familia Stapleton... 3 W, llaman al jefe, si no

me equivoco, aunque no sé exactamente los motivos.

—Es mi padre y se llama Warren Wilbur William —explicó Karen.

—¿Tienes algo que ocultar? Porque, de otro modo, no se explica un chantaje...

Karen se puso seria.

—Si no te importa, preferiría dejar de lado el tema —pidió.

—Perdón, te he molestado con mi indiscreción. Créeme, no fue esa mi intención.

—No te preocupes —sonrió la muchacha—. De todos modos, no pensaba pagarle. Traía la respuesta, pero me parece que tenía mucha prisa y no esperó a recogerla. Por cierto, si era un viejo, hay que ver lo bien conservado que está.

—No era un viejo. Se había disfrazado, muy bien por cierto. También a mí me engañó en el primer momento, pero cuando vi que empezaba a hurgar en el sitio señalado para que dejase mi rescate, comprendí que era el chantajista.

—Y le arrojaste la pintura.

—Veinte litros. Antes, sin embargo, le había tomado una fotografía. No servirá de mucho, claro.

—Menos es nada —dijo ella filosóficamente—. En fin, supongo que volverá a enviarme otra carta, con nuevas instrucciones, y entonces tendré la ocasión de dejarle mi respuesta.

—Será interesante, sin duda.

—Mucho, Gene.

Karen sacó un sobre y extrajo de su interior una cuartilla, que puso ante los ojos del joven. Wall contempló el dibujo que ella había trazado en el papel y se echó a reír.

—Ingenioso —calificó.

—Es lo que se merece —contestó Karen.

—No me cabe la menor duda. Karen, ¿puedo hacerte una proposición?

—Honestamente, supongo.

—Fuera de toda duda. ¿Quieres desayunar conmigo en un restaurante que hay a menos de quinientos metros? ¡Estoy muerto de hambre!

—En estos momentos, eres mi alma gemela —exclamó la muchacha, riendo alegremente.

Manning T. Auckland salió de su casa y se subió al coche que tenía estacionado frente al porche. Puso en marcha el motor, lo probó y, moviendo la cabeza satisfactoriamente, pisó el acelerador, descendiendo lentamente por la pendiente que conducía a la calzada.

Frenó al llegar a la acera, que atravesó con gran lentitud. Cuando se disponía a salir a la avenida, un coche le cerró el paso bruscamente.

Auckland se enfureció.

—¡Imbécil! ¡Déjeme pasar! —vociferó.

El otro conductor no contestó. Auckland vio un sombrero, con el ala sobre la frente, y unas gafas de color que eran prácticamente una máscara. A través de la ventanilla del otro coche, asomó una pistola con un enorme cañón cilíndrico.

Las manos de Auckland se crisparon sobre el volante. Algo, que volaba a casi quinientos metros por segundo, abrió dos agujeros: uno, estrellado, en el parabrisas; otro, en la frente de Auckland.

La muerte fue instantánea. El conductor del otro coche arrancó sin prisas, mientras Auckland se reclinaba en el respaldo de su asiento.

La sangre empezó a manar por el agujero que la bala había abierto en la frente de la víctima y corrió en delgados regueros por su rostro. Nadie se percató de lo sucedido.

Diez minutos después, un coche de patrulla acertó a pasar por allí y sus ocupantes se extrañaron de ver un coche atravesado sobre la acera. Al acercarse para investigar, vieron a Auckland muerto.

El semáforo estaba rojo y el lujoso Rolls-Royce, conducido por un chófer de color, se detuvo respetuosamente. Wall se dispuso a cruzar la acera y, en el mismo momento, oyó que alguien le llamaba a grito pelado:

—¡Gene! ¡Gene Wall! ¡Ven aquí, muchacho! Acércate, hombre; no temas, mi coche no muerde...

Estupefacto, Wall volvió la vista hacia el Rolls y divisó a un hombre elegantemente vestido que le hacía señas desde una de las ventanillas posteriores. Todavía no había salido de su asombro, cuando se abrió la portezuela y el hombre le hizo señas de que entrase en el coche.

—Vamos, arriba, chico —insistió el sujeto—. ¿Tanto he

cambiado que no me reconoces?

Wall entró en el coche y se sentó al otro lado. En el centro del asiento posterior, había una monumental rubia, de busto ampuloso y sonrisa estúpida.

—Soy Dempsey, hombre —dijo el dueño del lujoso coche, que ya arrancaba de nuevo.

—¡Bert Dempsey! —exclamó Wall, estupefacto—. Pero... si hace poco tiempo te morías de hambre... y ahora viajas en un Rolls con chófer...

—Los negocios, chico, los negocios. Me fueron bien, después de tantos años... Perdona un momento. Ella es Maisie, mi mejor amiga. Maisie, te presento a Gene Wall, el hombre que, en cierta ocasión, me salvó de la ruina.

—Hola, Gene —dijo la rubia lánguidamente.

—Encantado, señorita —contestó Wall con toda cortesía.

¿De dónde habrá sacado este hombre el dinero? se preguntó, temeroso de que Dempsey, a quien, en tiempos, había conocido bastante bien, hubiese hecho algo reñido con el código.

—Petróleo, Gene, petróleo —dijo Dempsey, como si adivinase los pensamientos del joven—. Me fui a Texas una temporada y allí invertí mis pocos ahorros en unas prospecciones que tuvieron un éxito fabuloso... Bueno, no te lo creerás si ahora te digo que no me ahorcan por menos de cinco millones.

—¡Cinco millones! —resopló el joven.

—Y lo que vendrá, porque el yacimiento es inagotable. Por cierto, Gene, ¿qué haces ahora?

—Lo mismo de siempre, aunque con seis años más encima, Bert.

Dempsey estudió la modesta indumentaria del joven, cazadora azul y pantalones vaqueros, con camisa a cuadros.

—No parece que tus asuntos marchen viento en popa —observó.

—A decir verdad, no marchan de ninguna manera, Bert.

—Eso tiene fácil remedio —exclamó Dempsey—. Gene, quiero demostrarte que soy hombre con una memoria infalible.

Dempsey metió la mano en el bolsillo. En el mismo instante, Wall sintió la presión de la rodilla de la rubia contra la suya.

Ella le dirigió una rápida mirada. Quería ligar, pensó Wall. Pero no sentía el menor deseo de enredarse con una buscona, aunque fuese de lujo.

Dempsey sacó un impresionante fajo de billetes.

—Gene, muchacho, hace seis años, tú me prestaste un poco de dinero, cuando yo estaba con el agua al cuello. No fueron más que veinte dólares, pero me salvaron de un tremendo apuro. Entonces, te dije que un día te pagaría ciento por uno. ¿Lo recuerdas?

Wall asintió. Dempsey puso en su mano un montón de billetes.

—¡Deuda saldada! —exclamó ruidosamente—. Ciento por uno, dos mil dólares... No dirás que no sé cumplir las promesas que hago, ¿verdad?

Wall no acertaba a reaccionar.

—Bert, esto es demasiado...

—¡Tonterías! Los amigos estamos para eso, creo. Hoy por ti, mañana por mí... mejor dicho, fue ayer cuando me ayudaste y nunca lo olvidaré...

—Conmover —dijo la rubia.

—Maisie, cierra el pico —dijo Dempsey bruscamente—. Cuanto más callada, más guapa resultas. No te estropees, ¿eh?

La rubia se agitó incómoda en el asiento y volvió a tantear con su rodilla. Wall retiró la suya.

—Bert —dijo el joven—, hace seis años, te llamaban El Astuto. Ahora deberían llamarte El Afortunado.

Dempsey soltó una estentórea carcajada.

—Tienes toda la razón del mundo —contestó—. Soy un hombre verdaderamente afortunado: tengo dinero, una hermosa amiguita y un amigo fraternal. ¿Qué más se puede pedir en este mundo?

—Yo te pido que ordenes parar a tu chófer —dijo Wall—. Ya he llegado al final de mi trayecto.

—Está bien. Charlie, para.

El Rolls se detuvo. Dempsey se inclinó hacia adelante, cuando el joven ya había puesto pie en el suelo.

—Gene, si necesitas algo más de mí, pídelo sin reparos —dijo—. No perdono a los que me hacen una mala pasada, pero soy leal a mis amistades.

—Gracias, Bert, pero yo tengo suficiente con lo que me has dado —contestó Wall.

Realmente, Dempsey estaba desconocido, se dijo. Aunque en seis años había perdido mucho pelo y se notaba que ya rondaba el medio siglo, las ropas y el costoso equipo de que se rodeaba, le

convertían en un hombre completamente diferente de aquel que un día estuvo a punto de ser lanzado a la calle, por no poder pagar el alquiler del mísero cuartucho en que vivía.

—Mi nombre figura en la guía —finalizó Dempsey—. Llámame sin reparos, día y noche, a cualquier hora, Gene.

—Adiós, Bert —se despidió el joven, ignorando deliberadamente los desesperados guiños que le hacía la rubia.

El Rolls reanudó su marcha. Wall continuó su camino a pie.

Pero no anduvo siquiera una docena de pasos. Casi en el acto, oyó una voz:

—¡Gene!

El joven se volvió. Hechicera, subyugante, Karen Stapleton agitaba su mano desde el interior de un Mercedes descapotable.

—Anda, entra —dijo ella—. Este coche no es un Rolls, pero tampoco está tan mal, me parece.

Wall se sentó junto a la muchacha. El automóvil arrancó en el acto.

—Parece que hoy es día de viajar en coches lujosos —dijo alegremente.

—Sí, eso creo. ¿Quién era el dueño de ese impresionante Rolls, Gene?

—Bert Dempsey, un viejo conocido. Fuimos vecinos un tiempo y bastante amigos, pese a la diferencia de edad.

—Parece que ha prosperado —observó ella.

—Sí. Hubo un tiempo en que estuvo a punto de ponerse a mendigar por las esquinas. Entonces, los dos pasábamos una mala racha, aunque bien es verdad que él la ha superado, cosa que yo no puedo decir.

—¿Cómo superó la mala racha, Gene?

—Petróleo. Parece que hizo un viaje a Texas y... Bueno, se asociaría con alguien y le pagarían en acciones de algún yacimiento cuyos propietarios debían de creer que no era productivo y luego resultó que sí, que había mucho petróleo... Era detective privado, ¿sabes?

—Ah, ya entiendo. ¿Y tú?

—Entonces, estudiaba y trabajaba. Ahora sólo hago la mitad.

—Trabajar.

—No, estudiar. Aunque gracias a Dempsey voy a librarme de

trabajar por una temporada. Precisamente hoy iba a entrevistarme con una persona que iba a proporcionarme un empleo. Pero he tenido la suerte de que Dempsey me devolviera los veinte dólares que le presté hace seis años...

Karen respingó.

—Gene, con veinte dólares no podrás vivir sin trabajar mucho tiempo —exclamó.

Wall se echó a reír.

—En medio de todo, Dempsey fue siempre un tipo pintoresco —contestó—. Entonces, juró que me devolvería ciento por uno, y hoy ha cumplido su promesa.

—¡Caramba! Ciento por uno... son dos mil dólares.

—En estos momentos, soy un trozo de desierto sobre el que acaba de caer un chaparrón —dijo el joven alegremente—. Y me siento tan... fértil, que hasta me gustaría invitarte a almorzar conmigo.

—En aquel restaurante de la playa, supongo.

—Supones bien, Karen, ¿puedo preguntarte si has vuelto a tener noticias del chantajista?

—Sí. ¿Y tú?

—Por ahora, no. Ni siquiera he encontrado a nadie que viera a un viejo bañado en pintura amarilla, y corriendo como un desesperado. ¿Qué te ha dicho el hombre de los pájaros negros?

Karen se puso seria de pronto.

—¿Has leído los periódicos, Gene?

—A decir verdad, no. Mi trabajo me absorbe la mayor parte del tiempo... ¿Dicen algo del chantajista?

—Ayer fue asesinado un importante hombre de negocios, llamado Auckland —contestó Karen—. Esta mañana he recibido una carta del chantajista, amenazándome con algo parecido, si no pago los cincuenta mil dólares que me exige. Me concede un plazo de una semana para reunir esa suma, pero añade que es su última concesión y que acabaré como Auckland si no pago. Aún más, y ahí se advierte su crueldad: moriré y, además, mis padres se enterarán de ciertas cosas que ignoran sobre mí.

CAPÍTULO III

Pese a las preocupaciones que gravitaban sobre su ánimo, Karen comió con buen apetito. Al terminar, dirigió una cálida sonrisa a su acompañante.

—Ha estado estupendo —dijo.

Lo celebro. No hay nada más desagradable que ver a una persona sentada a la mesa y sin apetito. Ahora te sentirás mejor, imagino.

—Un poco... Comprenderás que la carta de los pájaros negros, aunque me imagino que sólo debe de ser uno, no es para alegrarle a uno el espíritu.

—Comprensible —dijo Wall—. Karen, perdona, pero, desde luego, no trato de meterme en cosas que no me importan. ¿Tan grave es el asunto sobre el que se basa el chantajista para pedirte el dinero o matarte, si no lo haces?

—¡Ahí está la cuestión! —exclamó la muchacha—. En la primera carta me hacía un relato de ciertos hechos que son absolutamente falsos. ¡Jamás hice nada de lo que dice en su asqueroso mensaje!

—¡Diablos! —rezongó él—. Karen, a mí me pasa algo parecido. También mencionaba ciertos sucesos, con los cuales yo jamás tuve nada que ver.

—Una curiosa coincidencia, ¿no?

—Sí. Me acusaba de cosas tales como tráfico de drogas, prostitución de menores, apuestas clandestinas... Vamos, me consideraba un «angelito». Caído, por supuesto —dijo Wall no sin humor—. Y a ti, ¿de qué te acusaba?

—Dispensa. Por ahora, prefiero callar, Gene.

—¡Oh, perdona, he sido un indiscreto! No sé cómo disculparme...

—No te preocupes —sonrió ella.

Wall hizo un gesto con la mano. Acudió el camarero y le pidió la

nota.

—Al momento, señor.

—Siento no poder acompañarte, Karen —dijo él.

—¿Tienes trabajo?

—Y no tengo coche.

—Entonces, me permitirás que te deje en tu casa.

—Está bien, así me ahorraré el billete del autobús.

Karen le miró penetrantemente.

—Gene, me gustaría decirte algo, pero temo ofenderte... No querría herir tu amor propio...

—Di lo que sea sin miedo. En los últimos tiempos, he decidido que la frase amor propio resulta un poco anticuada. Hasta ciertos límites, claro. ¿De qué se trata, Karen?

—¿Quieres que le pida a mi padre un empleo para ti?

Wall respingó ligeramente.

—Karen...

—Lo digo con sinceridad y no trato de humillarte, ni mucho menos.

—Mira, voy a darte mi respuesta. El encuentro con Dempsey ha sido providencial para mí. Suponiendo que mis gastos alcancen los cien dólares semanales, tengo ahora para sobrevivir durante veinte semanas. En ese tiempo, habré logrado mi objetivo.

—¿Puedo saber cuál es, Gene?

—Una tesis doctoral, Karen.

—¡Atiza! —exclamó ella, sin poder contenerse—. ¿Medicina? —inquirió.

—No. Física.

—Oh... Me gustaría que consiguieses el título, Gene.

—Gracias. Te lo comunicaré el día en que sea todo un doctor en Física.

Vino el camarero y Wall abonó la nota y añadió una propina. Karen se puso en pie.

—Una pregunta —dijo él de pronto.

—¿Sí, Gene?

—¿Les has dicho algo a tus padres?

—No. No quiero causarles más preocupaciones. Ya me las arreglaré yo como sea.

Wall se mordió los labios.

—Es una lástima. Dempsey, en sus tiempos, era de lo mejorcito como detective privado. Porque supongo que no querrás recurrir a la Policía.

—¡Dios me libre!

El joven sonrió. Agarró el brazo de Karen y la empujó hacia la salida.

—No te desanimes, ya encontraremos una solución para tus problemas —aseguró.

Rowe llegó a su casa y se encontró con un grueso sobre, de cuyo contenido se enteró en el acto.

Lo primero que hizo fue acoplar las mitades de los billetes de cien dólares a las recibidas con anterioridad. Satisfecho, apreció que todos los billetes cuadraban y que podría utilizarlos perfectamente cuando tuviese necesidad de ello.

Después examinó las mitades de otros cincuenta billetes de cien. Éstos habían sido cortados longitudinalmente, por medio de una línea ondulada, que no era igual en ningún caso, aunque las diferencias resultasen mínimas. Finalmente, leyó la carta que acompañaba al envío:

Me gustó su trabajo. Fue realizado a la perfección. Ahora necesito otra tarea semejante, para castigar a un tipo recalcitrante. Se llama Barry K. Holmes y reside en el 2339 de la calle Hooker. Por cierto, le aconsejo que emplee un procedimiento distinto. Ello evitaría una asociación de ideas en algunos policías demasiado aficionados a investigar.

Y recuerde siempre: Los cuervos premian, pero no perdonan.

Al terminar la lectura, Rowe fue a su arsenal secreto y empezó a examinar las armas y demás utensilios que guardaba allí. Tras unos segundos de vacilación, se decidió por la dinamita.

Pero no lo haría en la forma clásica, conectado el explosivo al arranque del coche. Se perdía demasiado tiempo y podía resultar desagradablemente sorprendido.

Era mucho mejor el dispositivo de ignición mediante una señal de radio. El único inconveniente estribaba en que no disponía de aquel aparatito en aquellos momentos y tendría que salir a comprarlo.

Sin embargo, no era un obstáculo insalvable.

El hombre llamado Gene Wally recibió una carta que le hizo dar un salto en su asiento.

Su broma de llenarme de pintura amarilla, no tuvo ninguna gracia. Ahora le costará el doble de lo que te pedí la vez anterior 50 000

dólares. Ya le indicaré dónde debe dejar el dinero.

¿Le gustaría que la Policía investigase la desaparición de Rocky Grays, alias El Mula? Sospechan de usted, pero no han podido dar con el corpus delicti. Imagínese lo que sucedería si lo encontrasen. ¿Y si metiesen las narices en los libros secretos del Vamp's? ¿Qué me dice de la

Ruta-4,

el camino por el que entra la droga en la ciudad?

Ande, pague y no sea malo. Perderá mucho más si se niega a enviarme esta modesta contribución.

Pero, sobre todo, recuerde: ¡Los cuervos no perdonan!

Wally lanzó una sarta de blasfemias, que le hizo perder el aliento. Cuando hubo recobrado la respiración, llamó a uno de sus más conspicuos secuaces.

Carl Haines entró en el despacho a los pocos momentos. Era un tipo alto, delgado, de rostro inexpresivo y mirada glacial. Los bien enterados decían que era el brazo derecho de Wally. Otros, quizá con mayor malicia, decían que era Haines el que tomaba las decisiones y que Wally era sólo la fachada. Pero Haines no comentaba jamás nada sobre el particular.

—¿Algo nuevo, Gene? —preguntó.

Wally le tendió la carta. Haines la leyó en silencio.

—Parece que le enviaron otra, pero no la ha recibido —dijo, al terminar la lectura.

—No sé qué diablos quiere decir ese tipo de los pájaros negros con lo de la pintura amarilla, pero una cosa es segura: está muy bien enterado de ciertos asuntos míos... nuestros, mejor dicho. Y debemos evitar que la cosa siga adelante, ¿entiendes?

—Usted quiere decir que hay que buscar al chantajista.

—Exactamente.

—Puede que cueste un poco...

—Encuétralo —gruñó Wally malhumoradamente—. Por nada del mundo pienso pagar esos cincuenta mil pavos. Luego se pasaría

la vida, exprimiéndome como un limón y no tengo ganas de trabajar para un sinvergüenza.

—Lógico —convino Haines pensativamente—. Si le parece, llamaré a Dudey Chatts, ese tipo que lo sabe todo. Cobra caro, pero vale la pena.

—¿No es ése al que le llaman El Ojo?

—Justamente. El verdadero apodo es El Ojo-Que-Llega-A-Todas-Partes, pero se ha quedado con El Ojo solamente.

—Bueno, eso es lo de menos. Lo importante es que consiga lo que quiero saber. Y será mejor que vayas a verle en persona, en lugar de usar el teléfono. Nunca se sabe, Carl.

—Sí, tiene usted razón. Ahora mismo iré a hablar con Chatts.

Haines salió de la estancia. Wally eligió un grueso cigarro y lo encendió cuidadosamente, aunque por dentro hervía de furia.

Si pescaba al chantajista, iba a saber lo que era bueno, se propuso. Le pondría unos zapatos de cemento, aunque pensándolo bien, casi disfrutaría más metiéndolo en una caldera con quinientos kilos de mantequilla hirviendo.

Lo freiré vivo, decidió finalmente.

El teléfono sonó de pronto y Wall levantó la vista de los complicados cálculos que estaba realizando en aquel momento. Aunque maldijo al importuno, supo sin embargo mostrarse cortés.

—Wall —dijo sin mostrar enojo.

—¡Hola, Gene! —Sonó la voz alegre de Bert Dempsey—. ¿Cómo estás muchacho? ¿Qué es de tu vida? ¿Trabajas mucho? ¿No te gustaría divertirse un poco?

—Hombre, Bert, en estos momentos...

—Gene, no tolero una negativa. Si no vienes a mi fiesta, dejaré de considerarte un amigo. No puedes hacerme esta faena, tú, después de que había contado contigo como uno de los principales invitados.

—Pero ¿qué fecha es hoy? ¿Qué celebras, Bert? —se asombró el joven.

—Mi cumpleaños —contestó Dempsey orgullosamente—. Además, no temas, no van a venir muchos invitados. Sólo una docena de buenos y fieles amigos. También del sexo opuesto, claro. Vendrán algunas damas despampanantes y habrá bebidas en abundancia, amén de un buen buffett frío. Ah, no hace falta que te

vistas.

—¿Tengo que ir desnudo? —rió Wall.

—Hombre, era una metáfora... aunque no respondo de que acabemos en cueros vivos, si la cosa se pone a tono. Lo que quería decirte es que no hace falta traje de etiqueta.

—Ah, bueno, de todos modos, no lo tengo...

—Entonces, ¿vendrás?

Wall dudó un momento. Precisamente aquellos días había estado pensando en una serie de investigaciones que le convendría realizar, pero encontraba el obstáculo del dinero. El que Dempsey le había dado no sería suficiente y, si pillaba al anfitrión de buenas, tal vez podría conseguir que le prestase tres mil dólares más.

—O.K. —respondió al cabo.

—A partir de las siete, número dos mil seiscientos dos, Spooner South —indicó Dempsey.

Wall dejó el teléfono en la horquilla. Durante unos instantes se preguntó si hacía bien acudiendo a la invitación de su amigo. Pero el teléfono sonó de nuevo y apartó aquellos pensamientos de su imaginación.

—Hola, Gene —sonó la voz de Karen—. ¿Molesto?

—En absoluto. Al contrario, me alegra oírte. ¿Puedo serte útil en algo?

—Bien... la verdad es que me siento un poco preocupada —declaró la muchacha—. El día se acerca y no sé qué hacer... Me gustaría que me aconsejases...

—El asunto es muy delicado y, en ocasiones, conviene que el interesado tome sus propias decisiones. Pero si yo estuviese en tu lugar, no pagaría, por supuesto.

—El caso es que si se hiciera público...

—¿Te avergüenzas de lo que pudiste hacer en el pasado?

—Oh, no, pero... Gene, no tengo permiso para explicarte todavía nada...

A Wall le extrañó aquella respuesta. ¿A quién tenía que pedir permiso Karen para contarle sus problemas? No sería a sus padres, se dijo; ya tenía edad suficiente para no necesitar autorización paterna. ¿Se trataba de otra persona?

—Gene, ¿no me dices nada? —preguntó ella, impaciente por el silencio del joven.

—Karen, mira, en estos momentos no me encuentro en condiciones de decirte nada sensato. Tengo la mente en otra parte y, por si fuese poco, me han invitado a una fiesta y no me ha sido posible rechazar la invitación. —Wall consultó el reloj y vio que eran las seis de la tarde—. Voy hacerte una proposición: ¿por qué no volvemos a almorzar en el restaurante de la playa?

—¿Mañana?

—Tienes tiempo todavía, ¿no?

—Desde luego.

—Entonces, nos veremos a las doce y media. ¿Satisfecha?

—Cuidado con la fiesta. No abuses de la bebida —recomendó Karen jovialmente.

—Soy siempre un hombre moderado. Cada vez un trago, nunca más.

Ella rió fuertemente y a Wall le gustó oír su risa fresca y juvenil. Pero luego volvió a preguntarse qué clase de problema la atormentaba y se dijo que un día se sentiría muy contento de saber que Karen había recobrado la estabilidad emocional.

CAPÍTULO IV

Para Trunney Rowe fue un juego de niños levantar la tapa del motor y situar dentro el paquete con el explosivo, a la derecha, junto a la rueda. En menos de diez segundos, la operación quedó hecha.

Luego se sentó en su coche a esperar. La víctima, Barry K. Holmes, salió de su despacho media hora más tarde. Holmes subió a su coche y arrancó de inmediato por la ruta que le llevaría de vuelta a su casa.

Rowe se situó inmediatamente detrás. Holmes salió de la ciudad poco más tarde y tomó por la autopista. El coche aceleró y Rowe procuró acompañar la velocidad del suyo. No obstante, nunca estuvo a menos de cien metros de distancia.

Esperó todavía un poco más. El tránsito se hizo fluido. Holmes rodaba a unos ciento veinte por hora. De repente, Rowe vio que se acercaban a un viaducto que salvaba un barranco de unos sesenta metros de profundidad.

Condujo con la mano izquierda. En la derecha tenía la caja de control remoto. Esperó cinco segundos más; venía otro coche en dirección contraria y no quería perjudicar a inocentes. Podría producirse una investigación a fondo y era algo que no le interesaba en absoluto.

Holmes entró en el puente. Veinte metros más adelante, Rowe envió la señal de radio.

La bomba explotó instantáneamente. La aleta y la tapa del motor volaron por los aires. Un enorme fragmento de chapa rompió el parabrisas y degolló a Holmes. El coche, perdida la rueda delantera derecha, viró violentamente en aquella dirección y se lanzó contra el parapeto.

El choque resultó brutal y el automóvil se empinó de cola, hasta tomar la posición vertical. Luego continuó girando, con el morro

como eje, y se precipitó al vacío.

Rowe frenó velozmente, procurando dejar huellas de las ruedas en el asfalto. Vendría la Policía y convenía aparentar ser un ciudadano amante de cooperar con la ley.

Abajo, en el fondo del barranco, se produjo un terrible estruendo cuando el automóvil se estrelló contra el fondo. Luego, el tanque de la gasolina explotó y las llamas acabaron de consumir la obra que se había iniciado en el puente.

—De modo que también eres amigo de Bert —dijo la rubia.

Distraído, Wall tardó unos segundos en contestar. Estaba contemplando la variada fauna humana que asistía a la fiesta y en la que se advertían tipos de todas clases. Las mujeres, no obstante, eran todas jóvenes y hermosas, aunque Wall supuso que habrían sido alquiladas para la ocasión.

La rubia, que no era la amiga de Dempsey, insistió en la pregunta.

Wall se volvió, cortés.

—Perdone, no la había oído... Estaba distraído...

Ella hizo una mueca.

—No quise molestarle —dijo, desdeñosa.

Y se marchó, en busca de otro invitado más locuaz.

Maisie Glengan vino poco después y puso una mano en el brazo del joven.

—Me gustas —dijo, sin más preámbulos.

—Pero, Maisie ¿qué dirá Bert sí...?

Ella sonrió de un modo especial. De pronto, se metió dos dedos en la boca y emitió un erizante silbido.

—¡Bert, ven! —llamó a voz en cuello.

Dempsey se acercó, con una copa en la mano.

—¿Qué te pasa, encanto? ¿Te aburres?

—Bert, tu amigo me gusta —dijo Maisie—. Pero da la sensación de sentirse muy aburrido y me gustaría entretenerle un poco. ¿Te importa?

—Oh, claro que no, en absoluto —contestó Dempsey desprendidamente—. Precisamente lo he invitado para que se distraiga, después de tantos meses de intenso trabajo. Sí, has tenido una buena idea, Maisie. Ocúpate de que se divierta a fondo, ¿eh?

—Y tan a fondo —rió la rubia estrepitosamente. Se colgó del

brazo de Wall y lo empujó sin remilgos—. Vamos, cariño...

—Aguarda un momento —pidió el joven—. Bert, tengo que decirte algo importante...

—Después, después —cortó el anfitrión, a la vez que se alejaba.

Estaban en la terraza de la lujosa residencia de Dempsey, en la que había una gran piscina. Maisie tiró del joven con ambas manos.

—¿Es que no me encuentras atractiva? —preguntó, ofendida.

—Mujer, yo...

—No me gusta que los hombres sean tímidos. Imagino que sabes lo que quiero decir, Gene.

Wall se detuvo en seco y la miró fijamente.

—¿Padeces algún desarreglo glandular? —preguntó.

Maisie se quedó como si viera visiones.

—¿Qué quieres decir con esas palabras que ni el diablo entendería? —exclamó.

—Simplemente, si eres ninfómana.

—Me gustan los hombres, eso es todo. Pero empiezo a tener la sensación de que a ti no te gustan las mujeres.

—Es posible que haya algo de razón en lo que has dicho, Maisie.

A Wall le gustaban muchísimo las mujeres, pero había momentos en que se sentía completamente frío. No le agradaba en modo alguno el comportamiento de Maisie, ni aun teniendo en cuenta la clase de mujer que era.

Ella emitió un bufido y se marchó. Un hombre se acercó sonriendo al joven.

—Una mujer con genio, ¿eh?

—Le he dicho que me dolía la cabeza y pensó otra cosa —contestó Wall con acento jovial.

—Las hay suspicaces —rió el sujeto—. Me llamo Dudey Chatts —se presentó.

El joven le tendió una mano.

—Gene Wall —dijo.

Chatts arqueó las cejas.

—¿Ha dicho Wall?

—Sí. ¿Es una ofensa?

—No, hombre —contestó Chatts—. Es que conozco a un individuo que se llama casi exactamente como usted. Gene Wally es su nombre y por eso me chocó oírsele a usted. ¿Amigo de Dempsey?

—Desde hace bastantes años. Vivíamos en la misma casa.

—Comprendo. Encantado de conocerle, Gene.

—Adiós, Dudey.

Chatts se marchó. Wall pensó que era una fiesta muy extraña. Había de todo lo apetecible en cuestión de comida y bebida, pero no se veía ningún camarero o doncella que atendiese a los invitados. Éstos tenían que servirse por sí mismos, aunque no había apreciado queja alguna por la ausencia de servicio.

Empezó a ponerse nervioso. Allí no hacía nada y si en pocos minutos no conseguía hablar con Dempsey del asunto que le interesaba, lo mejor que podría hacer sería marcharse.

De pronto, reparó en una espléndida morena que permanecía, como él, un tanto apartada del bullicio general. Era una mujer que debía de tener unos treinta años, alta, de figura estatuaría y expresión un tanto triste. También parecía encontrarse a disgusto en la fiesta.

Wall decidió acercarse a la morena para pasar un poco el tiempo. Buscó dos copas y le ofreció una.

—Me llamo Gene —sonrió.

—Lorna —dijo ella—. Garnett es el apellido, si te interesa.

—El apellido poco importa en estos momentos, Lorna.

Ella sonrió. Probó el champaña, dejó la copa a un lado y luego se colgó del brazo del joven.

—Vamos, Gene.

—¿Eh? —Respingó él.

—Sí, claro. Para eso estoy aquí.

Wall frunció el ceño.

—Te han contratado —dijo.

—Quinientos dólares y la obligación de divertir al primero que me lo pida.

—Yo no te he pedido nada, Lorna.

—Eres un tipo raro, Gene.

El joven se irritó. Era la segunda mujer que le decía lo mismo y pensó que debía demostrar lo contrario.

—Soy un hombre —gruñó. Agarró el mórbido brazo de Lorna y tiró de ella—. Vamos a alguna parte —ordenó.

Entraron en la casa. De repente, oyeron unas voces furiosas.

—¡Maldita zorra! —gritó Dempsey descompuestamente—. ¡Te

dije que no entrases ahí!

—Pero si no he entrado, Bert —se defendió Maisie—. Simplemente, me equivoqué de puerta...

—¡No me mientas, estúpida! Querías entrar y sólo porque te he prohibido que entres ahí. Puedes hacer todo lo que quieras en la casa, lo que se te antoje, ¿comprendes? Pero ahí no, ahí no quiero que entres para nada.

—Vaya —dijo Maisie despectivamente—. Ni que fuese el cuarto de Barba Azul, donde tenía a las mujeres que degollaba...

La bofetada sonó como un latigazo. Maisie lanzó un aullido.

—¡Fuera, fuera de mi casa! —bramó Dempsey—. Lárgate y no vuelvas más por aquí, ¿me has oído? Recoge todas tus cosas y vete con viento fresco. ¡Largo, zorra!

Maisie, taconeando vivamente, pasó por delante de la pareja, con la mejilla encendida y los ojos llenos de lágrimas.

—El muy bastardo... —dijo entre dientes, sin detenerse siquiera.

Dempsey apareció en el umbral. Parecía muy alterado.

—Dispensadme, muchachos —rogó—. Esa Maisie es una estúpida y no he podido contenerme...

Wall se acercó al anfitrión.

—¿Puedo ayudarte en algo, Bert?

—No, gracias —Dempsey le dio una palmada en el brazo—. Anda y diviértete. No me gusta que parezcas como si en lugar de una fiesta estuvieses en un velatorio. Vete con esa chica, que es muy bonita...

—Aguarda un momento, Bert —dijo el joven—. Ya sé que las circunstancias no son las más propicias, pero querría... pedirte un préstamo... Tres mil dólares. Yo no puedo prometerte el ciento por uno, pero sí un interés módico...

Dempsey sonrió.

—Mañana te enviaré un cheque y no tienes que devolverme ese dinero para nada, Gene —contestó.

—Gracias, Bert...

—Dispensa, pero tengo que atender a los otros invitados.

Dempsey se marchó. Entonces, Wall sintió que Lorna le tocaba en un brazo.

—Gene, este ambiente no me gusta nada —confesó.

—Tampoco a mí —repuso el joven, mientras contemplaba la

puerta que Maisie había querido abrir y al otro lado de la cual había algo que Dempsey no quería que nadie conociese. Se preguntó si sería realmente el cuarto de Barba Azul, pero desechó la idea de inmediato. Esas cosas no pasan hoy en día, pensó.

—Voy a marcharme —anunció Lorna—. ¿Quieres venir conmigo?

Wall se volvió y la miró fijamente.

—¿Adónde? —preguntó.

—A mi apartamento, a fin de cuentas, ya he cobrado mis honorarios.

—No tengo coche —se disculpó él.

—Te llevaré en el mío —dijo Lorna, a la vez que lo empujaba suavemente hacia la salida.

Chatts miró alternativamente a uno y a otro.

—Sí, la soledad de dos en compañía es lo mejor —dijo—. Encantado de conocerte, Gene.

—Lo mismo digo, Dudey.

Wall y Lorna salieron de la casa. El joven se preguntó si la carta que había recibido con la firma de los pájaros negros no habría sido dirigida al otro Gene Wally.

Pero dejó de lado aquellos pensamientos, Dempsey le iba a prestar los tres mil dólares y ello le salvaría de los apuros en que se había visto inesperadamente.

Pero cuando llegaron a la casa donde vivía Lorna, Wall se apeó del coche y no quiso subir a su apartamento.

—Tengo trabajo —dijo simplemente.

Un oscuro instinto le hacía rehuir la invitación. Lorna, decepcionada, no insistió.

—Llevo una temporada, que no me encuentro bien —añadió él.

—Otro día, quizá —sonrió Lorna comprensivamente.

—Sí, seguro. Adiós.

Wall se metió las manos en los bolsillos y se alejó silbando una alegre melodía. Sin saber por qué, se sentía muy contento, aunque luego se dijo que la promesa de Dempsey acerca del préstamo solicitado tenía mucho que ver con su alegre estado de ánimo.

CAPÍTULO V

—No debería haber venido —dijo Karen, furiosa.

Wall arqueó las cejas, sorprendido.

—¿Estás enfadada conmigo? No lo entiendo...

—Ayer te vi en un coche, con una mujer muy hermosa.

—Vaya, conque es eso... Sí, iba en el coche con esa mujer y se llama...

—Se llama Lorna Garnett.

—¡Karen! ¿Cómo lo sabes? ¿Acaso la conoces?

—Demasiado —contestó la muchacha sarcásticamente—. Pero no quiero seguir hablando más del tema...

—Pues yo sí quiero, porque deseo que las cosas queden completamente claras —dijo el joven con vehemencia—. Estuve en la fiesta que daba mi amigo, por su cumpleaños...

De repente, se calló. Karen adelantó el busto ligeramente.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no sigues?

Wall meneó la cabeza.

—Es curioso —murmuró—. Hace años, también celebramos el cumpleaños de Bert Dempsey, aunque de una forma muchísimo más modesta que ayer. Sin embargo, recuerdo perfectamente que fue en pleno invierno, vísperas de Navidades.

—Ahora estamos en mayo —rió Karen—. ¿Es que tu amigo ha nacido dos veces?

—Bueno, eso no tiene demasiada importancia. A fin de cuenta, sus años son suyos. Pero volvamos a la fiesta y a Lorna. Ella era contratada, no sé si conoces el significado de la palabra.

—Me parece que sí —dijo ella, con los labios prietos.

—Bueno, se ganó quinientos dólares; al menos, eso me dijo. Luego me invitó a ir a su apartamento. Yo no tengo coche, como tú sabes, de modo que acepté en un principio, pero después me separé de ella en la puerta de su casa. Si hubiese ocurrido algo entre los

dos, te lo diría; a fin de cuentas, no tengo ninguna obligación hacia ti.

—Eso es muy cierto. Pero ¿por qué no subiste a su apartamento?

—Esta tesis doctoral me va a llevar a la tumba —se quejó él—. En cuanto la haya terminado, me iré a algún lugar solitario, donde estaré un par de semanas haciendo vida de lagarto: todo el día al sol, sin hacer nada, sin pensar... Por eso me separé de Lorna.

—Se necesita tener voluntad de hierro —sonrió Karen—. La verdad es que es una mujer muy guapa.

—Sí, pero aún no me has dicho por qué la conoces.

—Y no pienso decírtelo... por ahora. Gene, ¿hablamos de mi problema?

—¿Has desarrugado ya el ceño?

Karen se echó a reír.

—Tú lo has conseguido —contestó—. Bien, ¿qué me dices del hombre de los cuervos?

Wall se acarició el mentón pensativamente.

—Tiene que darte instrucciones para el pago de los cincuenta mil dólares, ¿no es eso?

—En efecto.

—Bien, yo iré preparando todo. Cuando te escriba, avísame inmediatamente.

—¿Qué piensas hacer, Gene?

—Tenderle una trampa, Karen.

—Luego puede tomar represalias —dijo ella, aprensiva.

—No, si las cosas salen como espero... y la trampa dará resultado, créeme.

—Muy bien, confío en ti. De modo que no te divertiste en la fiesta.

—Fue muy extraño todo. No había servicio, camareros o doncellas, luego resulta que no es su cumpleaños... y algunos de los invitados tenían aspectos muy raros. En cuanto a las invitadas, bueno, eran seis en total, todas de la misma clase que Lorna.

—Esa estúpida —dijo Karen rabiosamente—. ¿Es que no va a escarmentar jamás?

Wall se sorprendió del arrebató de furia de la muchacha. Pero no se atrevió a preguntarle más detalles sobre Lorna, seguro de que Karen no querría contestarle.

—Avísame en cuanto te escriba el chantajista —insistió.

—Descuida.

Wall estaba frente a la muchacha, pero daba la espalda a una mesa, sentados a la cual se hallaban dos individuos. Uno de ellos era Dudey Chatts.

El otro era Carl Haines. Chatts escuchó atentamente lo que tenía que decirle Haines. Luego, a su vez, contestó:

—He oído rumores, muy vagos, desde luego, y apenas concretos, pero parece ser que hay un individuo que es un artista del chantaje y que se está haciendo de oro, así como suena. Si fuese cierto, no me extrañaría que pidiese dinero a tu jefe. —Chatts lanzó una risita—. La verdad es que Wally tiene muchos trapos sucios y lo pasaría muy mal si se los sacaran a relucir a la luz pública.

—Eso es algo que no te importa en absoluto —contestó Haines de mal talante—. Lo que Wally quiere es que encuentres al tipo y se lo comuniques inmediatamente.

—¿Nada más? —preguntó Chatts con sorna.

—Es suficiente. Del resto nos encargaremos nosotros.

Chatts se rascó la mejilla con el pulgar.

—Va a costar bastante —dijo—. ¿Cuánto le ha pedido a tu jefe?

—Cincuenta de los grandes.

—Le costará solamente el diez por ciento, Carl.

—¡Ladrón! —se escandalizó Haines.

El Ojo no se inmutó.

—Soy caro, pero consigo resultados. Y no trabajo solo; tengo colaboradores que no viven precisamente del aire —respondió fríamente.

—Está bien, se lo diré...

—Si acepta, ven a las siete al

B & K.

Trae la pasta. De lo contrario, no te molestes en venir a verme ni uses el teléfono.

—Eres duro de pelar, Dudey —se quejó Haines.

—Porque soy el mejor de mi especialidad.

—Creo que el jefe aceptará el trato. Empieza a buscar, Dudey.

—Muy bien... —De pronto, Chatts lanzó una exclamación—. ¡Caramba, qué casualidad!

—¿Qué sucede ahora? —preguntó Haines.

Pero el tipo se había levantado ya y caminaba hacia la mesa donde se hallaban Wall y la muchacha.

—Hola, Gene —saludó alegremente—. Una agradable coincidencia, ¿verdad? No esperaba verte por aquí...

Wall volvió la cabeza y sonrió.

—¿Cómo estás, Dudey? Sí, es una casualidad... Permíteme que te presente a la señorita Stapleton. Karen, éste es Dudey Chatts. Lo conocí ayer en la fiesta de cumpleaños de un buen amigo mío, como te dije.

—Es un placer, señor Chatts —sonrió ella.

—Karen Stapleton, de los Stapleton de Hightower Hills, supongo —dijo Chatts.

—Pues, sí, vivimos en Hightower Hills —admitió la muchacha.

—Su padre es un hombre muy conocido, señorita. Tiene motivos para ello, por supuesto. Bien, no quiero molestarle más. He tenido un gran placer en saludarles. Gene, señorita Stapleton...

Chatts volvió a la mesa.

—Lo conocí ayer en la fiesta que dio Bert Dempsey —explicó a Haines—. Ella es hija de Stapleton, el de las empresas Stapleton, por si has oído ese nombre alguna vez.

—Lo he oído —admitió Haines—. Mucho dinero, ¿verdad?

Chatts puso los ojos en blanco.

—Cantidades inimaginables —contestó—. Al lado de los cincuenta mil que piden a tu jefe, la fortuna de los Stapleton es como el Océano Pacífico comparado con un vaso de agua.

—Bueno, eso no nos importa en absoluto. Volvamos a lo nuestro. Tienes que encontrar al hombre de los pájaros negros.

—¿Cómo? —se extrañó Chatts—. ¿Es que cría pájaros de plumaje negro?

—Cuervos —gruñó Haines—. Pero irán a graznar sobre su tumba —añadió torvamente.

Chatts no contestó. Tenía los ojos fijos en la pareja, que ya se disponía a abandonar el restaurante.

—Es curioso. Tu jefe y ese muchacho se llaman prácticamente de la misma manera. Sólo por una letra no tienen los nombres iguales.

—Hay muchos Joe Smith en el país —rezongó Haines.

—Ese chico se llama Gene Wall. Tu jefe se llama Gene Wally.

Curioso, ¿no?

—Tal vez, pero no olvides lo que te hemos pedido. Muévete, pronto, Dudey; no hagas que el jefe se enfade.

—Si no me paga, el que se enfadará seré yo —respondió Chatts con notable desenvoltura y sin dejarse impresionar en absoluto por la fama de que gozaba Wally en determinados ambientes, en donde la palabra honradez resultaba absolutamente desconocida.

Wall y Karen estaban ya en el coche.

—No dejes de llamarme apenas recibas la próxima carta del chantajista, con sus instrucciones —dijo él.

—Descuida, Gene.

—Y, algún día, me imagino, podré saber qué relación hay entre tú y Lorna Garnett.

Karen se envaró.

—Por ahora, prefiero callar —respondió secamente.

Wall no dijo nada; prefirió ser discreto. Pero empezó a preguntarse si no resultaría conveniente hacer una visita a la propia Lorna Garnett. Sentía una viva curiosidad por conocer la relación existente entre las dos, sobre todo, teniendo en cuenta que Karen se hallaba en un apuro y que deseaba librarla de él, por difícil que resultase el empeño.

Cuando menos lo esperaba, recibió una llamada de su amigo Dempsey.

—No parece que te divirtieras mucho en la fiesta, Gene.

—Hombre, no lo pasé tan mal. Ten en cuenta que no conocía a nadie...

—Había chicas muy guapas. Estaban allí para complacer a los invitados.

—Ya lo sé, Bert.

—Pero te fuiste, creo, con una de ellas.

—Sí, es cierto, una tal Lorna Garnett. ¿La conoces tú?

—No. Simplemente encargué a una agencia que me enviaran seis chicas de lo mejorcito que tuvieran. Me cobraron caro, pero valió la pena, supongo.

—Sí, estuvo bien —mintió el joven—. Oye, si un día quiero yo una chica para una fiesta privada, de dos personas solamente, ¿cómo podría encargarlo a esa agencia?

Dempsey se echó a reír.

—Es muy fácil, hombre. Te daré el teléfono y la dirección de la directora de la agencia. ¿Quieres escribir?

—Sí, desde luego.

Wall anotó los datos en un trozo de papel.

—Gracias, Bert —dijo al terminar.

—Ah, ya te he enviado el cheque. Lo recibirás hoy o mañana por la mañana.

—Bert, nunca olvidaré esto —contestó el joven, agradecido.

—Bah, ¡para qué quiere uno el dinero!, ¿si no puede ayudar a la gente a quien se aprecia? Tú trabaja a fondo y consigue ese título que tanto deseas. El día en que te entreguen el diploma, celebraremos una fiesta por todo lo alto.

—Desde luego, Bert.

—Ah, y ten cuidado con Tracy Moore. Parece una gatita, pero, a veces saca garras de tigre. ¿Entendido? De todas formas, dile que vas de mi parte.

—Muy bien, se lo diré. Tendré en cuenta tu consejo.

—Hasta la vista, Gene —se despidió Dempsey.

Wall colgó el teléfono. Curioso personaje Bert Dempsey, se dijo. Seis años atrás, no tenía dónde caerse muerto, pese a que conocía a media ciudad. Muchos habrían podido sacarle de apuros, pero Dempsey tenía su orgullo y jamás quiso aceptar ayuda de nadie, salvo de un muchacho que se afanaba por estudiar y que era tan pobre como él.

Pero en aquel tiempo, Dempsey había conseguido la fortuna y él seguía tan pobre como entonces.

Suspiró. Con autocompasión no conseguiría nada. Era preciso hacer algo y... ¿por qué no empezar visitando a Tracy Moore, directora de la agencia que proporcionaba azafatas para determinadas clases de fiestas?

CAPÍTULO VI

Era pelirroja, aunque el color de su pelo resultaba suave, sin estridencias, de poco más de un metro sesenta y muy bien formada. Vestía una especie de kimono de un detonante color amarillo, con dragones negros, y se calzaba con unas zapatillas de diez centímetros de tacón. En la mano izquierda, sostenía una boquilla de cuarenta centímetros de longitud.

Debía de tener unos treinta y cinco años, aunque aparentaba siete u ocho menos, calculó Wall. Indudablemente, conocía a fondo los secretos del maquillaje. Pero resultaba muy atractiva.

—¿De modo que le envía Bert Dempsey? —dijo Tracy, una vez que el visitante se hubo presentado.

—Así es, señora Moore...

Ella soltó una risita.

—Llámame Tracy, hombre —exclamó—. Ese canalla de Bert es uno de mis mejores clientes, aunque hubo un tiempo en que no tenía suficiente ni para una llamada por teléfono. ¿Quieres beber algo, Gene?

—Un poco de *whisky*, gracias.

Tracy dejó la boquilla sobre una consola. Mientras preparaba las copas, miró a hurtadillas al visitante. ¡Qué tipazo, madre mía! pensó.

Le entregó la copa, con la sonrisa en los labios.

—Siéntate —dijo—. ¿Qué quieres de mí?

—Tal vez no te agrada lo que voy a pedirte, Tracy.

—Depende. Si no es dinero...

—No, desde luego. Para eso se lo pediría a Bert.

—Claro, es cierto, no me había dado cuenta —rió ella—. Bien, ¿de qué se trata?

—Verás, tú diriges una agencia de... azafatas.

Tracy hizo una mueca.

—Más bien me encargo de relacionar a las chicas con los clientes. Aunque no te lo creas, ellas también saben ser independientes.

—Pero tú tienes muchas relaciones... En fin, no sé cómo explicarme; me fastidiaría mucho decir algo que pudiera ofenderte.

—Gene, no te preocupes. Si dices algo inconveniente, te lo señalaré para que no vuelvas a repetirlo. Pero, ahora, habla de una maldita vez y no me tengas sobre ascuas.

—Está bien. Se trata de una chica a la que conocí ayer en la fiesta de Bert. El nombre es Lorna Garnett.

—Ah, sin duda quieres verla otra vez.

—No, por el momento. Quiero saber quién es, exactamente.

Sobrevino una pausa de silencio. Luego, Tracy, lentamente, dijo:

—Gene, ¿te das cuenta de que me has hecho una pregunta sobre algo que podría definirse como secreto profesional?

—Lo sé, y si no me contestas, no me enfadaré. Pero tenía que hacerte la pregunta.

—¿Por qué te interesa tanto Lorna?

—Perdona, pero son motivos muy personales. Si no puedes decirme lo que te pido, te daré las gracias por haberme escuchado y me marcharé.

Tracy sonrió indefiniblemente.

—Eres un muchacho encantador. ¿Casado?

—Soltero.

—¿Novia?

—No.

—Muy bien —dijo ella—. Te daré la respuesta, con una condición.

—Aceptada de antemano —respondió Wall instantáneamente.

Tracy se puso en pie, agarró una mano de Wall y tiró de él. Cuando el joven se hubo puesto en pie, ella, con la otra mano, se quitó el kimono.

Wall tragó saliva. Debajo del kimono no había más ropa. La figura de Tracy, apreció, era la de una jovencita.

—Has dicho que aceptabas una condición, para obtener la respuesta que deseas —sonrió ella maliciosamente.

Wall meditó un segundo. Qué diablos, a fin de cuentas, necesito un poco de expansión y no debo nada a nadie, pensó.

—¿Dónde cumplimos el trato? —preguntó.

—Ven, te indicaré el camino —contestó Tracy.

Dos puntitos rojos brillaron en la penumbra del dormitorio mucho más tarde. Tracy exhaló el humo de su cigarrillo con un suspiro placentero.

—Gene, confío en que no te escandalices si te digo que he conocido a muchos hombres —habló ella lánguidamente—. Pero tú eres de los pocos que responden plenamente a la apariencia.

—¿Cómo, Tracy?

—Algunos, muchos, tienen una apostura irresistible. Luego una encuentra que sólo es fachada. Vamos, se desinflan a las primeras de cambio. Pero tú... —Puso los ojos en blanco—. Si tuviese millones y volviesen los buenos tiempos de la esclavitud, te compraría para mí sola —exclamó alegremente.

—Por ahora, me tienes casi gratis, a un precio muy bajo. Sin embargo, ese precio debe ser suficiente para lo que quiero.

—Ah, sí, lo había olvidado. Lorna Garnett... ¿Quieres saber detalles de su vida?

—Todos los que conozcas —pidió Wall.

Tracy empezó a hablar. Con enorme estupefacción, Wall se enteró de algunos pasajes de la vida de Lorna, nada edificantes. En algunos momentos, sus acciones habían rebasado claramente los límites del código penal.

—Pero ahora, por fortuna, se ha corregido casi del todo —finalizó Tracy su información—. Y digo «casi», porque ya sabes lo que hace y eso, en determinados ambientes, no está bien visto.

—Sí, me lo imagino. —De pronto, Wall concibió una idea—. Garnett, supongo, debe de ser una especie de seudónimo.

—No, es el apellido de su difunto esposo. Algunos dicen que ella lo asesinó, aunque jamás se ha podido probar nada sobre ese aspecto. Su verdadero apellido, el de soltera, es Stapleton.

Todavía no había reaccionado ante la increíble noticia, cuando, aquella misma noche, le llamó Karen.

—He recibido carta de los pájaros negros —anunció la muchacha.

—Está bien. ¿Qué te dice?

—Pasado mañana, a las cinco de la madrugada... Una hora más bien rara, ¿no te parece?

—Al contrario, es una hora ideal, porque casi todo el mundo está en la cama. Te dará detalles del lugar donde debes dejar el dinero.

—Claro. Gene, ¿qué hago? —consultó la muchacha.

Wall meditó unos segundos.

—Nos veremos mañana, a la hora del almuerzo —dijo al cabo—. Es muy probable que el chantajista tenga a alguien tras tus huellas. Procura que, en todo momento, tu comportamiento sea normal. Otra cosa, ¿tendrás alguna cuenta en un Banco? supongo...

—Desde luego.

—Entonces, ve mañana sobre las diez y media, más o menos, y saca algún dinero. Mételo luego en un sobre y éste en tu bolso. Procura ser un poco ostentosa, aunque tienes que evitar que nadie vea cuántos billetes te entregan en caja.

—Comprendo. Si el chantajista tiene un espía, éste debe ver que he ido al Banco a sacar el dinero que me pide.

—Exactamente. A la hora del almuerzo nos reuniremos y entonces terminaremos de discutir el plan.

—Muy bien, aunque me siento un poco aprensiva.

—¿Por qué, Karen?

—¿Has leído los periódicos?

—No. ¿Hay alguna noticia interesante?

—Ha muerto un tal Holmes. Papá lo conocía bastante bien; en tiempos tuvieron negocios juntos. Alguien le puso una bomba en el coche y lo hizo saltar por los aires, cuando pasaba por el puente de la autopista. El hombre de los cuervos dice que tome ejemplo de Holmes. Éste se negó a pagar, ¿comprendes?

—Vaya, ese tipo es de los que no perdona, ¿eh?

—Francamente, tengo miedo, Gene... Iría a la Policía, pero entonces las cosas saldrían a la luz y... no, no quiero...

Wall comprendió los sentimientos de la muchacha, aunque, por el momento, se abstuvo de decir que ya sabía quién era realmente Lorna Garnett. Si se lo decía, Karen podría sentirse muy afectada. Ya llegaría el momento conveniente, decidió.

—Está bien, tranquilízate y no te preocupes más. Sobre todo, procura descansar. No fatigues tu mente.

—Sí, Gene. ¿Has vuelto a ver a Lorna?

—No —contestó él, sorprendido—. Fue un conocimiento casual.

No tenía por qué verla de nuevo. Estuve en una fiesta y conocí a una docena de personas de ambos sexos. Probablemente, no volveré a ver a ninguno de los invitados.

—Gracias, Gene.

Karen colgó el teléfono. Wall meneó la cabeza.

—Está preocupada y con razón —murmuró.

En la oscuridad, consultó su reloj de pulsera.

—Las cuatro y cuarto —dijo.

—Demasiado pronto, ¿no crees? —objetó Karen.

—En absoluto. Hace más de una hora que hemos llegado, lo cual nos ha dado tiempo más que suficiente para explorar los alrededores y saber que no hay nadie espiándonos —contestó Wall—. Y, además, hemos podido preparar la trampa con toda tranquilidad y evitando el riesgo de que pueda fallar.

—Me pregunto qué hará después, cuando le hayamos echado el guante.

—Nada, porque no le dejaremos.

—¿Tienes alguna idea, Gene?

—Sí —contestó él ceñudamente—. O nos dice dónde tiene los documentos que te comprometen o le retuerzo el pescuezo aquí mismo.

—Puede estar armado.

—No le daremos tiempo a que use el arma, si la lleva consigo. Los chantajistas, además, no suelen emplear pistolas.

—Éste es distinto. Ya han muerto dos personas por no pagar la suma que les pedía.

—Sí, pero han sido muertes cometidas a traición, sin que la víctima pudiera defenderse. Y si nosotros le echamos el guante, habremos terminado con su carrera de crímenes.

Karen calló, deseando que así fuera. Sus ojos fueron hacia el enorme roble, a cuyo pie debía depositar el dinero exigido por el chantajista.

Esta vez se hallaban fuera de la ciudad, en la ladera de una loma abundante en vegetación. La situación del roble había sido indicada con toda puntualidad por el chantajista.

Había más árboles, pero aquél destacaba entre todos. La carretera pasaba a unos ciento cincuenta metros de distancia y el tránsito era nulo a aquellas horas.

—Se habrán extrañado en tu casa al ver que salías a una hora tan desusada —dijo Wall pasados unos momentos.

—No lo saben —respondió Karen escuetamente.

—Ah...

—Me levanté cuando todos dormían. Espero regresar a tiempo para la hora del desayuno.

—Entonces sabrán que has pasado fuera parte de la noche.

—Ya inventaré una excusa, no te preocupes.

Volvieron a guardar silencio. Wall miró una vez más su reloj. Le pareció que las agujas permanecían, pero la hora se acercaba inexorablemente.

Cerca de las cinco, se vieron los faros de un coche que se aproximaba lentamente. El automóvil se detuvo al pie de la loma, fuera de la carretera.

—Ya viene —susurró Wall.

Los nervios de Karen se tensaron. Wall notó la sacudida de su cuerpo y agarró su mano, a fin de tranquilizarla.

A los pocos momentos, vieron una silueta que subía por la cuesta. El joven se dispuso a actuar.

Transcurrió otro minuto. Luego, el hombre se acercó al roble.

Wall contuvo la respiración. El sujeto se acucilló junto al árbol y alargó las manos hacia el paquete que se veía al pie.

Las manos del sujeto se apoyaron en el paquete, de forma alargada y envuelto en papel claro. Entonces, Wall dio un fuerte tirón.

Invisible para todo el que no lo supiera, había un lazo hecho con un fino cable de acero, sumamente flexible, el cual quedaba en parte sostenido por las hojas de los pequeños arbustos que crecían en la base del roble. Para coger el paquete, el chantajista tenía que pasar sus manos a través del lazo que no había sabido ver.

Wall dio un segundo tirón y notó una satisfactoria resistencia. Alborozado exclamó:

—¡Ya tenemos el pájaro en la jaula, Karen!

CAPÍTULO VII

El sujeto se resistía ferozmente, pero el lazo se había cerrado en torno a sus muñecas y Wall sujetaba el cable con firmeza, por lo que la huida le resultaba imposible. Karen tuvo que taparse los oídos, horrorizada por las blasfemias que salían de la boca del chantajista.

Wall dio un nuevo tirón y el hombre rodó por tierra. Inmediatamente, el joven se abalanzó sobre él y, cuando intentaba levantarse, le arreó un buen puñetazo en plena boca.

Se oyó un rugido de dolor. Wall advirtió que superaba de largo al chantajista y, agarrándolo por los brazos, lo lanzó contra el tronco del roble.

El individuo rebotó y volvió a las manos de Wall, quien repitió la operación un par de veces más. Al fin, se oyó un gemido de súplica:

—Basta, por favor... Deje de golpearme...

Wall se apoderó nuevamente del cable y rodeó por segunda vez las muñecas del chantajista.

—Muy bien —dijo—. Basta de golpes. Ahora, hablemos.

—¿De qué quiere que hablemos? Yo no sé nada; me enviaron a recoger un paquete que había aquí...

Wall se desconcertó un instante.

—Repítele eso que has dicho —pidió.

—Me enviaron a recoger un paquete que encontraría aquí —insistió el sujeto—. Es todo lo que puedo decirles...

—No, no es todo. Suponiendo que digas la verdad, ¿quién te ordenó buscar ese paquete?

El sujeto calló un instante.

—Lo sabe —adivinó Karen.

—Sí, lo sabe, y nos va a decir el nombre ahora mismo. —El cable de acero era bastante largo y Wall lo enrolló en torno a la

garganta de su prisionero—. ¿Sabes lo que pasaría si apretase a fondo? —exclamó truculentamente.

—¡Por Dios, no, no haga eso! —Se aterró el hombre—. A mí me dijeron solamente que viniese a este lugar, a las cinco en punto, y que encontraría un paquete, que luego debía depositar en un buzón de Correos. Eso es todo, se lo juro.

—¿Has hecho el viaje gratis? —se burló el joven.

—Hombre, tanto como eso... Me pagaron mil dólares... Bueno, quinientos ahora y otros tanto cuando el paquete haya llegado a su destinatario.

—¿Eso significa que tienes que escribir una dirección?

—Sí, claro.

—Los sellos de Correos, ¿son por su cuenta o se los pagará el que lo envió a buscar el dinero? —preguntó Karen irónicamente.

Wall extendió una mano.

—Dejémonos de bromas —dijo—. Vamos, dínos ahora mismo a quién tienes que enviar el paquete. O apretaré el lazo en torno a tu asqueroso pescuezo.

—Bueno, es un apartado postal y...

El sujeto no pudo continuar. Algo llameó silenciosamente a unos metros de distancia.

Se oyó un grito de agonía. El hombre se retorció convulsivamente.

De nuevo se vio otro silencioso fogonazo. Karen lanzó un chillido de terror.

—¡Nos disparan!

El individuo cayó al suelo quejándose angustiosamente. Wall se sentía estupefacto y no atinaba a reaccionar.

Algo se agitó en las inmediaciones. El instinto le hizo saltar hacia la muchacha y empujarla con fuerza. Cayeron a tierra y estuvieron quietos unos momentos.

Se oyó ruido de ramajes que se movían con cierta violencia. Luego, vieron una silueta que corría velozmente ladera abajo a toda velocidad. A los pocos momentos, percibieron el ruido del motor de un coche que arrancaba a toda velocidad.

Wall se incorporó.

—Creo que se ha marchado —dijo.

Tendió una mano a la chica. Ella se puso también en pie.

—Lo han asesinado... —sollozó.

Wall se acercó al caído, que respiraba todavía estentóreamente. Tras unos segundos de indecisión, se atrevió a encender un fósforo.

Había sangre en el pecho del individuo y Wall supo que no podría hablar, porque tenía un balazo en la garganta. Los ojos del hombre le miraron un instante con expresión agónica. Luego voltearon en sus órbitas y se agitó con fuertes espasmos unos segundos, antes de quedarse quieto.

La respiración cesó.

—Ha muerto —dijo Wall ceñudamente.

—Pero ¿por qué, Gene? —exclamó ella, todavía conmovida por el suceso.

—¿No puedes imaginártelo? El hombre de los pájaros no se fiaba de él, evidentemente, y le siguió, sin que ninguno nos diésemos cuenta. Luego, cuando vio que le habíamos capturado, quiso evitar riesgos y le metió dos balas en el cuerpo.

—Pero... no hemos oído disparos...

—Usó silenciador —contestó él.

De pronto, se arrodilló junto al caído y registró sus bolsillos. Encontró una billetera y se la guardó sin el menor escrúpulo.

—Vamos —dijo, a la vez que tiraba de la mano de Karen.

Descendieron la pendiente a todo correr, subieron al coche y se alejaron de allí a gran velocidad.

Media hora más tarde, cuando ya se divisaban las primeras luces se detuvieron en la cafetería de una estación de servicio.

Wall terminó de revisar la billetera y volvió a guardarla.

—El hombre se llamaba Richard Lane y aquí tengo su dirección —dijo—. Por desgracia, no llevaba escritas las señas del lugar adonde debía enviar el dinero, una vez recogido el paquete.

—Las guardaría en su memoria —opinó Karen.

—Sí, seguro. Pero quizá encuentre en su casa algo que me dé una pista.

—¿Piensas ir a su apartamento?

Wall asintió.

—Creo que es lo mejor. Probablemente no consiga nada, pero tampoco debemos dejar pasar por alto esta mínima oportunidad.

—Enviar un paquete por correo tiene sus riesgos, para el que lo recibe, claro —dijo Karen.

—Según, porque si sólo se usa una vez el apartado de Correos... Y pienso que el chantajista lo debe de hacer así, con lo cual borra todos los rastros.

—Para disponer de un apartado postal, se necesitan ciertos trámites. Indicar el domicilio es uno de ellos, Gene.

—Cierto, pero los funcionarios de Correos no van a comprobar si es cierto o se trata de una falsedad. —El joven suspiró—. Sólo nos queda el recurso de registrar el apartamento de Lane —insistió.

Agitó la mano y vino una camarera.

—Por favor, más café —pidió.

—Al momento, señor.

—Pero tú no vendrás conmigo —decidió el joven—. Tú regresarás a tu casa y aguardarás allí mis noticias. Aunque la verdad, no sé por qué te preocupas tanto. ¿Por qué no dejas que ella resuelva sus propios problemas?

—¿Ella? ¿A quién te refieres, concretamente?

—A tu hermana Lorna, por supuesto. Garnett, el apellido que usa, es el de su difunto esposo, que murió hace algún tiempo y en circunstancias no demasiado claras. Incluso se llegó a sospechar que ella había tenido algo que ver con la muerte de su esposo, pero no se ha podido probar nada en su contra. También sé que ha estado presa en un par de ocasiones y que su conducta no ha sido precisamente intachable. Pero ése es un problema que debe resolver ella, no tú. O, al menos, así me lo parece.

Wall terminó su larga parrafada y se extrañó al ver que Karen le miraba con los ojos muy abiertos. Vino la camarera con el café y esperó unos instantes a que la muchacha le diese una respuesta.

—Gene, ¿cómo lo sabes? —preguntó ella al fin.

—Me lo han dicho y, como comprenderás, no te voy a revelar la fuente de mi información. Lorna no, por supuesto; no ha despegado los labios en este sentido. Ni siquiera la he visto después de la fiesta a la que asistimos juntos. ¿Tienes algo que objetar?

—Sí —dijo Karen—. Sólo una cosa, Gene: Lorna no es mi hermana.

Wall saltó en su asiento.

—Karen, entre tú y yo no debería de haber secretos, al menos en este asunto —dijo malhumoradamente—. Quien me informó, tenía buenos motivos para conocer el verdadero apellido de Lorna...

—Y no te mintió, porque se apellida Stapleton, pero no es mi hermana, sino mi tía.

El joven creyó que se le caía la mandíbula inferior.

—¿Tu... tía...? —repitió, pasmado.

—Hermana de mi padre, para más señas, Gene.

—Pero... pero... ¡es tan joven!

Karen sonrió.

—Ya no es una chiquilla, precisamente —repuso—. Por otra parte, tía Lorna ha tenido siempre una apariencia mucho más joven, debido a su cara casi de adolescente, pero ya tiene treinta y cinco años. Es la hermana menor de los Stapleton y mi padre es el mayor, con cuarenta y ocho años a las costillas.

—¡Quién lo dijera! —Wall meneó la cabeza—. Pero, a pesar de todo...

—A pesar de todo, tratamos de que mi padre no lo sepa, a fin de evitar un escándalo que podría perjudicarle gravísimamente, Gene.

—¿Tiene aspiraciones políticas?

—No, por supuesto.

—Entonces ese escándalo no le afectaría...

—Algunos de sus socios son muy puritanos y podrían dejar de apoyarle. Eso le colocaría en una situación sumamente crítica. Es, precisamente, lo que trato de evitar —dijo Karen.

—Puedes conseguirlo de una forma muy sencilla —contestó él.

—¿Cómo, Gene?

—Paga.

Wall agitó una mano y llamó a la camarera para abonar la cuenta. Luego se puso en pie.

—Paga —repitió—, y te habrás librado de problemas... hasta que el chantajista vuelva a necesitar dinero y te amenace otra vez con divulgar el secreto que la familia Stapleton tiene tan bien guardado. Es la única solución que se me ocurre, Karen.

—No es demasiado brillante, Gene —se quejó ella.

—Lo sé, pero yo soy solamente un hombre que aspira a conseguir el doctorado en Física, no un detective profesional. Y ahora que he mencionado la palabra detective...

Wall meneó la cabeza.

—No, sería inútil —añadió—. Mi amigo Dempsey tiene demasiado dinero y no querría encargarse del caso. De otro modo,

daría con el chantajista en menos que canta un gallo.

—De todas formas, ¿por qué no pruebas a hablar con él? Tal vez haga algo, como un favor a un amigo...

—Lo intentaré, pero no garantizo nada. Pero lo primero que haré será registrar el apartamento de Lane.

—No tienes llave.

—Le quité un manojito que tenía en uno de sus bolsillos.

—Puede sorprenderte la Policía, cuando sepan que ha muerto asesinado y vayan a investigar a su casa.

Wall consultó el reloj.

—Tardarán mucho en encontrar el cadáver y son las seis y media de la mañana —contestó—. Tengo todo el tiempo del mundo, no te preocupes. Anda, vámonos, vuelve a casa y trata de encontrar una excusa para el hecho de que hayas pasado fuera casi toda la noche.

—Si me preguntan, diré que he estado contigo —sonrió Karen.

—¡Pero no me conocen!

—Mejor. No les voy a citar el nombre de algún amigo que conozcan, ¿verdad?

Wall elevó sus ojos al cielo.

—Me pregunto qué misteriosos designios hicieron que nos encontrásemos un día —dijo, con acento quejumbroso—. Yo era un hombre feliz, aunque pobre; estudiaba, trabajaba y, un buen día, alguien se equivocó y me envió una carta...

Karen le agarró por un brazo.

—Anda, déjate de lamentaciones —dijo—. Tal vez esa carta sea tu fortuna algún día. En todo caso, me conociste, ¿no? ¿Lo llamarías un suceso desgraciado?

Wall se volvió y la contempló de arriba abajo.

—Te miras al espejo, ¿eh?

—Todos los días y no me encuentro fea del todo —rió la muchacha.

Así era mejor, pensó él. Debían sentirse optimistas, aunque la verdad era que no tenían demasiados motivos para ello.

En el apartamento de Lane no encontró nada.

Cuando salía a la calle, se tropezó con tipo conocido.

—¡Gene! ¿Qué haces aquí? —inquirió Chatts.

—Vine a visitar a un amigo, pero no lo encontré —contestó el

joven, mintiendo a medias.

Chatts le miró recelosamente.

—Ese amigo, por casualidad, ¿se llama Dick Lane?

—¿Cómo lo sabes, Dudey?

—Yo también venía a verle, Gene. De modo que no está en casa.

Wall señaló con el pulgar hacia la puerta que quedaba a sus espaldas.

—Sube, si no me crees —respondió. Aunque se calló el hecho de que Lane estuviese muerto y que él guardase en el bolsillo las llaves del apartamento.

—No, gracias, confío en ti. —De pronto, Chatts agarró al joven por un brazo—. Gene, me gustaría charlar un rato contigo. ¿Tomamos una copa?

—¿Tan pronto? —se sorprendió él.

—Bueno, tú toma lo que quieras... Anda, allí estoy viendo un bar que nos viene que ni pintado.

Momentos después, estaban sentados frente a una mesa. Chatts había pedido un *whisky*. Wall sostenía con ambas manos una taza de café.

—¿Y bien, Dudey? ¿De qué se trata?

—Tú te llamas Gene Wall —dijo Chatts—. ¿Has recibido una carta firmada con unos pájaros negros que pretenden ser cuervos?

—Sí, pero ya hace bastantes días... Se trataba de un chantaje y yo no tengo nada que ocultar. ¿Por qué lo preguntas, Dudey?

El Ojo sonrió.

—Conozco a un tipo que se llama Gene Wally, es decir, casi lo mismo que tú, salvo con el añadido de una. Y al final del apellido. El chantajista, porque supongo que ya habrás adivinado de qué se trata, debió de confundirte y por eso te envió a ti la primera carta. La segunda ya fue remitida a su dirección real, aunque, como comprenderás, no voy a decírtela. Pero Gene Wally no quiere pagar y me ha encomendado que busque al chantajista, para darle una buena lección.

—¿Ah, eres detective privado?

—Algo por el estilo —sonrió Chatts.

—Bueno, no puedo decirte nada más, Dudey. Puesto que no tengo nada que ocultar, no tengo nada que temer del hombre de los cuervos. Sin embargo, conozco a una persona que ha recibido una

carta similar. Estoy en condiciones de afirmar que te daría dinero, si encontrases al chantajista.

—¿Quién es esa persona, Gene?

—Perdona que calle su identidad. Tú encuentra al chantajista, avísame y recibirás una buena recompensa. De eso puedes estar seguro, Dudey.

—Muy bien, en cuanto sepa algo, te lo diré. Sinceramente, creo que Lane podrá darme informes muy interesantes.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Wall.

—Lane sabe muchas cosas. Es un «soplón» de la Policía —respondió Chatts.

Ya no podrá dar más soplos, pensó el joven.

CAPÍTULO VIII

El siguiente paso fue hacer una visita a Lorna Garnett.

Cuando llegó a su casa, Lorna estaba poniendo ropa en una maleta.

—¿Te marchas? —preguntó Wall.

—Estaré fuera unos días —respondió ella.

Wall no quiso ser curioso acerca del lugar al que se dirigía Lorna, pero tampoco quería dejar pasar la ocasión de hablar con ella.

—Supongo que podrás perder cinco minutos —dijo.

Lorna suspendió su labor y le miró fijamente.

—¿Habías venido a... estar conmigo?

—¿Recibes a muchos hombres?

—Eso no te importa en absoluto, Gene. Ya soy mayorcita, ¿no?

—Treinta y cinco años, aunque parece que tengas siete u ocho menos.

—Te han dicho mi edad, ¿eh? —sonrió ella—. De todos modos, sigo siendo muy atractiva.

—Lo eres, sin duda alguna. Pero no creo que eso le guste mucho a 3 W, tu hermano.

Lorna se puso seria en el acto.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó, casi a gritos.

—Tu sobrina Karen —contestó él sin pestañear.

—¿La conoces?

—Un poco.

—Vaya, las sorpresas que se reciben cuando una menos lo espera...

—Si lo esperásemos, ya no sería sorpresa —dijo él—. A Karen le están haciendo un chantaje por tu culpa. Mira, Lorna, yo no soy quién para juzgar tu conducta; a fin de cuentas, cada uno es responsable de sus propios actos. Pero cuando esas acciones pueden

comprometer a una persona inocente, eso ya no me gusta tanto.

Ella le miró de soslayo.

—¿Estás enamorado de mi sobrina?

—Somos buenos amigos, eso es todo.

—Lo siento, no sé nada del chantaje.

—Pero se lo hacen por tu culpa, Lorna.

—¿Y qué? Ellos tienen dinero, que paguen.

Wall parpadeó.

—¿Es así cómo piensas, Lorna?

Ella cerró el maletín y lo levantó con una mano.

—Escúchame bien, Gene. Tengo un hermano archimillonario. No lo heredó; hubo un tiempo en que eran más pobres que las ratas, pero trabajó duramente y consiguió alcanzar la posición que hoy tiene. Eso es muy elogiabile; lo que ya no lo es tanto, es que quiera ser el amo y el dueño y señor de toda la familia, y que nadie que lleve el apellido Stapleton pueda mover un dedo sin su permiso. Mi hermano quería casarme con un tipo que a mí no me gustaba en absoluto; por eso me marché de su casa. Y de eso hace ya unos doce años.

—Estabas enamorada de otro hombre.

—Sí, de Gavin Garnett.

—El cual luego resultó ser un granuja de altos vuelos, un *gangster*, para decirlo claramente...

Lorna se encogió de hombros.

—Me equivoqué, eso es todo —repuso—. Pero ni aun así quise volver a casa de mi hermano.

—Tu conducta, después, no ha sido todo lo honesta que debiera ser.

—Gavin me metió en unos líos con los cuales yo no había soñado jamás. Confieso que me equivoqué, Gene.

—Pero no has intentado rectificar después, no has probado a corregirte.

—Así es la vida. Tal vez soy mucho más débil que mi hermano. Bien, Gene, ya hemos hablado bastante.

—Todavía no...

Lorna se encaminó hacia la puerta, taconeando vivamente.

—Cierra al salir —indicó.

Wall quedó en el mismo sitio, sumamente pensativo.

Ciertamente, Lorna estaba muy resentida con su hermano. Pero ¿no habría un medio de solucionar el conflicto?

Tendría que idear algo, se dijo, mientras salía del apartamento, dispuesto a hablar con una persona que tal vez pudiera darle un consejo sobre el particular.

Tracy Moore le dijo que lo lamentaba, pero que no podía hacer nada.

—Lorna fue siempre la más independiente de mis chicas —dijo, cuando el joven le hubo expuesto los motivos de su visita—. Es todo un carácter, ¿sabes?

—Se marcha de la ciudad —manifestó él—. Pero no ha querido decirme adónde se va.

—Tengo medios para averiguarlo. Dame algo de tiempo y te lo diré.

—Gracias, Tracy, te lo agradeceré de veras.

Ella sonrió.

—¿Tanto te gusta Lorna?

—No es por eso. Es por... el apellido.

—Ah, entiendo.

—No, creo que no lo comprendes del todo, pero, de todas formas, muchas gracias. Oye, ¿es cierto que Gavin Garnett resultó ser un pájaro de cuidado?

—Demasiado. Muchos respiraron aliviados al enterarse de la noticia de su muerte. Uno de ellos fue un tipo que se llama casi igual que tú.

—¿Te refieres a Gene Wally?

—Sí. ¿Lo conoces?

—He oído hablar de él. ¿Qué relación había entre Garnett y Wally?

—Wally era el jefe y Garnett aspiraba a su puesto. Perdió.

—Entonces fue Wally quien liquidó a Garnett.

—Eso se rumorea, pero ¿quién puede probarlo?

—Parece que complicaron a Lorna en el asunto.

—Bueno, tanto como eso, no, pero la Policía la interrogó mucho y no siempre con buenos modales. Al fin, la dejaron libre por falta de pruebas.

—Ella estuvo en la cárcel un par de ocasiones. ¿Qué pasó?

—La primera vez, por un asunto de apuestas clandestinas. La

segunda fue atrapada con un paquete en las manos. Contenía droga.

—Oh, se dedicaba al transporte...

—No, pero le dijeron que lo llevase, porque era la única persona de la que no sospecharían. Luego hubo un chivatazo. Pienso que fue cosa de Wally para dar una lección a Garnett.

—¿Qué pasó después?

—Bueno, Garnett la sacó bajo fianza y luego quiso tomarse el desquite, pero Wally resultó ser más listo y Gavin paró dos balas con el cuerpo. Nadie ha sabido quién lo hizo, aunque todos nos imaginamos el nombre de la persona que dio la orden. Tú también, ¿verdad?

Wall asintió.

—Después de lo que he oído, me lo imagino, en efecto. Gracias por todo, Tracy.

—¿Tienes prisa?

El joven sonrió mientras contemplaba a su hermosa interlocutora.

—Tengo trabajo —repuso evasivamente.

Y se marchó, porque había dado una respuesta verídica y no quería sucumbir a la tentación.

Su título era muy importante.

Se llaman Red Elkins y Ham Flory. Suelen ir todos los días al Evans. Allí permanecen hasta eso de las once de la noche, aunque a veces se marchan antes, porque alguien les ordena algún trabajo especial. Cuando haya acabado con ellos, recibirá la mitad de los cincuenta billetes que le envió con la presente.

Rowe leyó la carta pensativamente, mientras se devanaba los sesos, pensando en la identidad del misterioso sujeto que tan bien parecía conocerle y conocer sus andanzas. Por Elkins y Flory le ofrecía la mitad de los «honorarios» a que estaba acostumbrado, pero eran dos sujetos de escasa importancia.

Se preguntó qué tenía el hombre de los pájaros negros contra aquella pareja. De todas formas, no perdió mucho tiempo en buscar una explicación para aquella aparente incongruencia. Bien mirado, Elkins y Flory estaban destinados a acabar sus días violentamente.

Uno u otro tenía que liquidarlos algún día, se dijo, mientras revisaba la pistola.

Aquella noche, cerca de las once, estacionó el coche en las

inmediaciones del Evan's. A las once y diez, Flory y Elkins salieron del local.

El coche de Rowe se movió lenta y silenciosamente. Cuando la pareja de hampones se acercaba a la acera, Rowe abrió el fuego.

Elkins fue el primero en caer, sin enterarse de lo que pasaba, con un balazo en la frente. El otro sacó una pistola y trató de defenderse.

Rowe tiró al estómago. Una bala en aquella región paralizaba casi siempre a la víctima. Flory se agarró las tripas con una mano y se esforzó por levantar su revólver.

La silenciosa pistola de Rowe disparó dos veces más. Flory abrió los brazos, saltó hacia atrás y cayó cruzado sobre el cuerpo de su compinche. Todo sucedió en el espacio de diez segundos. Cuando la gente quiso reaccionar, Rowe se había perdido ya de vista.

A la mañana siguiente, Wally recibió una carta:

Te sientes reacio a pagar, pero ¿qué dirán tus hombres cuando vean que van cayendo sin poder defenderse? ¿No te imaginas lo que pensarán de ti? ¿No eres capaz de adivinar sus comentarios?

Dirán que eres un tacaño y que los dejas morir por no pagar lo que para ti es una suma insignificante. Bueno, la solución está en tus manos... y ahora esa solución te costará

75 000

dólares. Si tengo que liquidar a otros dos de tus muchachos, deberás pagar

100 000

dólares, conquese apresúrate y reúne el dinero antes de que sea demasiado tarde.

Haines entró en aquel momento, con un papel en la mano.

—Gene, ¿qué diablos significa esto? —preguntó.

El rostro de Wally estaba congestionado por la cólera.

—Carl. ¿Sabes algo? —preguntó.

—No, salvo que Elkins y Flory fueron asesinados anoche. Yo he recibido una carta, en la que se me dice que hay dos de los hombres que están en la lista del tipo de los cuervos y todo ello porque tú no quieres pagar. Mickey Ranee ha recibido otra carta parecida y...

Wally apretó las mandíbulas.

—Un bonito plan, ¿verdad? Sabe que, si me mata, no conseguirá un centavo, pero en cambio, amedrentando a mis hombres, podría

provocar un motín. Es una buena idea, ¿no te parece?

—Hablando sinceramente, está muy bien pensado —dijo Haines.

—¿Sí? ¿Y qué piensa ese condenado Chatts? —vociferó Wally—. ¿Cómo es que no ha podido dar todavía con ese maldito chantajista? ¿Cree que le pagué cinco mil dólares por su cara bonita?

Haines se encogió de hombros.

—Jefe, ¿me permite un consejo?

—Habla —contestó Wally secamente.

—Pague.

Hubo un momento de silencio. Luego, el puño de Wally golpeó la mesa con enorme violencia.

—¡No! —aulló—. ¡Por todos los diablos, no y mil veces no! Carl, tú sabes lo que pasó con Garnett, ¿verdad?

—Sí, lo recuerdo perfectamente.

—Garnett quiso jugarme una mala pasada, muy parecida a ésta. El tiro le salió por la culata.

—Sí, pero usted conocía a Garnett y, en cambio, no sabe ahora quién es el hombre de los pájaros negros.

—En peores me he visto y he salido siempre adelante —gruñó Wally—. Carl, haz correr la voz por ahí. Ya no se trata de la pasta, sino de mi prestigio. Al que me encuentre a ese chantajista, le pagaré diez mil dólares. ¿Has oído?

—Sí, jefe.

—Pues... ¡muévete, por todos los diablos! Quiero que me traigan aquí ese miserable para darme el gusto de romperle todos los huesos, uno a uno. Yo mismo lo haré, ¿comprendes?

Haines sonrió.

—En tiempos, era usted un experto —dijo.

—Sigo siéndolo —aseguró Wally.

CAPÍTULO IX

—Las noticias no son muy alentadoras —dijo Wall al día siguiente, sentado frente a Karen.

Ella apretó los labios.

—Estoy preparada para lo peor —manifestó—. ¿De qué se trata ahora, Gene?

—Ayer estuve hablando con Lorna. Se ha marchado.

—¿Adónde?

—No lo sé, no quiso decírmelo. Se negó rotundamente.

—El chantajista es un tipo astuto —dijo ella—. Sabe que no puede pedir dinero a Lorna, porque no lo tiene. Pero nosotros sí...

—Claro, va a la fuente que mana constantemente, no a un charquito que puede secarse en pocos minutos. Pero creo que tu padre debiera ser más comprensivo con ella.

—¿Comprensivo con Lorna? ¿Después de todo lo que ha hecho? —protestó la muchacha, vivamente indignada.

Wall trató de mostrarse paciente.

—Karen, sospecho que no conoces totalmente la verdad —dijo—. Estuve hablando con ella y me contó algunas cosas. Su hermano quería casarla con un tipo al que Lorna no podía ver.

—Y se casó con un desalmado...

—Se equivocó. Todos podemos equivocarnos. Pero al principio, ella lo amaba, cosa que no sucedía con el pretendiente que tu padre quería imponerle. Muchas veces, creemos conocer a las personas, hasta que se muestran tal como son y no como se presentan habitualmente. Eso le sucedió a Lorna.

—Bien, de acuerdo, cometió un error. Pero después...

—Después, tu padre no quiso ayudarla. Eso, me parece, tampoco está bien. Tu padre miró más por sí mismo, que por una persona de la familia en una situación crítica. Sé sincera, Karen, y dime qué pensarías si eso hubiera sucedido en otra familia y tú pudieras verlo

imparcialmente desde fuera, sin sentirse afectada por un conflicto semejante. Lo menos que pensarías de tu padre es que su comportamiento no era decoroso, ¿verdad?

Karen, inquieta, se removió en su asiento.

—De acuerdo, pero trato ayudarla, ¿no? A fin de cuentas, estoy buscando al chantajista, claro que con tu ayuda. ¿O vas a decirme que la ayudaría mejor si pagase la suma que me exige ese despreciable sujeto?

—La ayudas por egoísmo, porque tu familia puede verse perjudicada, no por ella misma. Si supieses que no os iba a pasar nada, te importaría un rábano lo que a ella le pudiera suceder.

—¡Gene, no digas esas cosas! —Se enfureció la muchacha—. No es verdad...

—Es cierto y tú lo sabes —le interrumpió él, implacable—. Vamos, sé sincera contigo misma y admite lo que no se puede ocultar.

—¿Ayudará eso a resolver mejor la crisis, Gene?

—Puede que no, pero, al menos, te sentirás más tranquila, en paz contigo misma.

Hubo un momento de silencio. Luego, aunque remoloneando un poco, Karen sonrió.

—Quieres ser doctor en Física, pero creo que darías más resultado si te graduases en Psicología —dijo.

—Oh, en absoluto. Sólo uso un poco el sentido común. Pero no tengas cuidado; ya he encargado a alguien que busque a Lorna.

—¿Quién es? —preguntó ella.

—No lo conoces, pero trabaja para otro individuo que también está siendo extorsionado por el chantajista.

—Encontrar a éste resultaría más útil, ¿no te parece?

—En eso estamos, pero no va a resultar fácil —suspiró Wall—. Pero lo conseguiremos, aunque es una lástima que Lane haya muerto. Fue el tipo al que arrojé la pintura amarilla. Todavía hay algunas prendas manchadas en su apartamento. Sin embargo, no he podido encontrar la menor pista útil.

—Si sigues adelante, ten cuidado. Recuerda que el chantajista es un hombre peligroso, al que no le importa matar.

—Lo tengo presente en todo momento —respondió Wall, muy serio.

El teléfono sonó repentinamente. Enfrascado en su tarea, Wall tardó unos momentos en contestar. Al fin, acercó el aparato a la oreja.

—Gene Wall —dijo.

—¡Hola, muchacho! —Sonó la voz jovial y estridente de Dempsey—. ¿Cómo te encuentras? ¿Qué estás haciendo ahora?

—Trabajo, claro. No puedo permitirme el lujo de la holganza...

—Hombre, ya me imagino. Pero algún rato, supongo, descansarás.

—No todo el tiempo que desearía, aunque cuando haya terminado, me tomaré cuatro semanas de vacaciones y me pasaré el día al sol, sin hacer absolutamente nada.

—Lejos de la ciudad, por supuesto.

—Oh, no sé aún adónde iré... Ya sabes que mi estado financiero no es lo que se llama brillante, Bert.

—Gene, yo podría ayudarte a pasar unas buenas vacaciones, si me hicieses un favor —dijo el antiguo detective.

—Lo que quieras, y gratis, por supuesto. ¿De qué se trata?

—Te daré un nombre y una dirección. Ve a verle esta noche y te entregará un paquete. Son unas acciones de una compañía, que están por subir y que quiero quedarme sin que la cosa se divulgue. Ya sabes cómo son los asuntos financieros; si se habla demasiado, sobrevienen pérdidas y... ¿Comprendes lo que quiero decirte?

—Desde luego, aunque me imagino que tú podrías ir a recoger esas acciones. Oh, no es que me niegue, pero me extraña...

—Perdona, Gene. El hombre que te las entregará tiene esta noche algunos invitados en su casa. Si me viesen, sospecharían lo que está pasando y no nos conviene a ninguno de los dos. ¿Has comprendido?

—Sí, de acuerdo. ¿Qué debo decir?

—Escribe, por favor. Se llama Heston Grattis Lowell y reside en la Avenida Burleigh, tres mil setecientos dos.

—Muy bien, ya lo he anotado. ¿Debo mencionar tu nombre?

—No será necesario. Dile solamente que vas a recoger el paquete que ha preparado esta tarde. Lo confirmé por teléfono hace unos momentos y dije que irías tú. —Dempsey soltó una risita—. Me figuraba que accederías a hacerme este favor —añadió.

—Cuenta conmigo, Bert —respondió el joven—. ¿Te lo llevo

después a tu casa?

—Y tomaremos juntos unas copas. A tu regreso con el paquete, te esperan mil dólares por cada semana de vacaciones que piensas tomarte.

Wall colgó el teléfono, a la vez que meneaba la cabeza. No entendía nada de finanzas, salvo algunos conceptos generales, pero sabía que, en ocasiones, los hombres de negocios hacían cosas raras, con tal de salvaguardar el secreto de sus actividades. Divulgar una noticia podía, en ocasiones, costar centenares de miles de dólares y era comprensible que tanto Lowell como Dempsey quisieran una discreción absoluta en aquel asunto.

A las nueve de la noche, llamaba a la puerta de una lujosa mansión. Una doncella le abrió y él dio su nombre.

—Vengo a recoger algo que debe entregarme el señor Lowell —agregó.

—Espere un momento, por favor —pidió la sirvienta.

Lowell apareció momentos después, con un paquete cuidadosamente envuelto en papel fuerte, atado y sellado con lacre. Wall creyó ver cierta palidez en el rostro del sujeto, pero no dio mayor importancia al detalle.

—Aquí tiene —dijo Lowell.

—Muchas gracias —contestó el joven—. He tenido un placer...

—Yo, no —barbotó el dueño de la casa. Y cerró la puerta con tanta violencia, que Wall tuvo que dar un salto hacia atrás, a fin de evitar que le golpease en la cara.

—Pues, señor, si tiene ese humor cuando hace un buen negocio, ¿qué será cuando las cosas le vayan torcidas? —comentó, para sí.

Se encogió de hombros, caminó unos pasos y, cuando vio un taxi libre, lo hizo parar y le indicó la dirección de su amigo.

Dempsey le palmeó efusivamente las espaldas cuando lo vio llegar. Después de las primeras palabras de saludo, le condujo al bar.

—¿Qué te pongo? —consultó.

—No me has preguntado aún por las acciones —sonrió el joven, a la vez que dejaba el paquete sobre la barra—. Aquí están, Bert.

—Sabía que Lowell cumpliría su palabra. No le gustó demasiado, ¿sabes?

—¿Te lo ha dicho él por teléfono?

—Hace tiempo acordamos la operación. Claro que fue solo un pacto verbal, pero ahora quería negarse, alegando no sé qué tonterías. En fin, le dije que si no tenía palabra, no haríamos más tratos en lo sucesivo y acabó por ceder. Toma, bebe y brindemos por el buen éxito de la operación.

Wall bebió unos sorbos de *whisky*. Dempsey chasqueó la lengua.

—Gene, dijiste que eran cuatro semanas de vacaciones —recordó.

—Bert, no te permitiré...

Dempsey puso un cheque sobre la barra.

—Me gusta cumplir mis promesas —manifestó—. Ingrésalo en tu cuenta y, cuando hayas conseguido el diploma, tómate unas vacaciones como es debido. Ahora bien, si necesitas una acompañante... tendrás que procurártela tú mismo. Mi generosidad no llega a tanto, ¿comprendes? —añadió con una fuerte risotada.

—Seguramente, encontraré compañía —sonrió el joven—. Gracias, Bert puedes estar seguro que nunca olvidaré lo que haces por mí.

—Bah, no tiene importancia. Aquellos veinte dólares de hace seis años representaban entonces para mí mucho más que lo que te he dado hasta ahora. Soy agradecido y nunca olvido al que me hace un favor, por pequeño que sea.

En aquel instante, se oyó ruido de tacones femeninos. Una mujer dijo:

—Oh, perdón, no sabía que tuvieras visita...

Wall oyó aquella voz y se estremeció de pies a cabeza. Lentamente se volvió y contempló a Lorna Garnett, parada en el umbral de la puerta.

Lorna le reconoció y se estremeció, aunque supo dominarse. Sonriendo, avanzó hacia el joven y le tendió una mano.

—¿Qué tal, Gene? No te había visto desde el día de la fiesta de cumpleaños de Bert —dijo.

—Celebro saludarte —contestó Wall—. ¿Puedo preguntarte qué haces aquí?

Dempsey le dio una tremenda palmada en la espalda.

—Pero, hombre, ¿es que no te lo imaginas? Lorna sustituye a aquella estúpida de Maisie Glengan. Ya sabes lo que pasó entre los dos.

—Con tal de que no le hagas lo mismo a Lorna...

—Lorna es más discreta y tiene claridad de juicio, cosa que no sucedía con aquella patata con piernas que era Maisie.

—Sí, supongo que sí.

Wall se sentía muy incómodo y se apeó del taburete.

—Bueno, tengo que marcharme —dijo.

—¡Eh, te olvidas el cheque! —exclamó Dempsey.

El joven lo recogió y lo guardó en un bolsillo.

—He tenido mucho gusto, Lorna. Bert, gracias otra vez.

—Es un muchacho magnífico, como a mí me gustaría ser —dijo Dempsey, cuando Wall salía ya por la puerta de la casa.

—Sí, creo que vale muchísimo —concordó Lorna.

Dempsey la abrazó fuertemente y metió la nariz en su perfumado escote.

—Pero tú vales más, infinitamente más... —jadeó.

Estaba sentado en una butaca, con los codos apoyados en los brazos y las yemas de los dedos juntas. Una y otra vez se preguntaba cómo era posible que Lorna se hubiese ido a la residencia de su amigo. Claro que encontraba la respuesta inmediatamente: era una mujer muy hermosa y a Dempsey no le faltaba el dinero.

Todavía tenía en el bolsillo el cheque recibido la víspera. Por una parte, se sentía satisfecho porque así podría disfrutar de unas buenas vacaciones. Pero no era un dinero que él hubiese ganado por sí mismo, sino que se lo habían dado por haber hecho de recadero en un asunto tan simple como el de recibir un paquete y llevarlo a su destinatario.

Los financieros, se dijo, tenían a veces cosas muy raras. No le des más vueltas, no has hecho nada malo y Bert está ganando dinero a porrillo y quiere invertirlo en acciones seguras, pensó, justo en el momento en que llamaban a la puerta.

—Está abierta —dijo.

Karen apareció en el umbral.

—Hola —saludó—. Te he llamado por teléfono, pero no me contestabas...

Wall se dio cuenta entonces de que debía de haber permanecido completamente abstraído en sus pensamientos, para no oír el timbre del teléfono. Karen adivinó en el acto que le sucedía algo.

—Estás preocupado —dijo.

Wall asintió.

—Sí. ¿Quieres sentarte?

Ella buscó una silla y se acomodó frente al joven, con las manos en el regazo.

—Sospecho que vas a decirme algo importante, Gene.

—Es cierto. Sé dónde está Lorna.

—¿De verdad? —exclamó ella ansiosamente.

—La vi anoche, por pura casualidad, aunque no pude hablar con ella de tu asunto. Había otra persona y no me pareció prudente mencionarlo.

—¿Dónde está, Gene? Dímelo, yo iré a verla...

Wall movió la cabeza negativamente.

—Como máximo, te diré lo que hace, pero no dónde está —respondió.

—¿Por qué? —se extrañó la muchacha.

—Ha ido a vivir con un amigo. ¿Recuerdas el exdetective, ese que encontró petróleo en Tejas?

—Sí, se hizo millonario... Ibas con él en su Rolls...

—Exacto. Bien, Lorna está ahora en su casa.

—Puedo encontrarla por la guía de teléfonos...

—El de Dempsey tiene un número reservado.

—Contrataré a un detective, Gene.

—Te aconsejo que no lo hagas, Karen.

—Entonces, dime tú dónde está...

Karen no pudo continuar. El timbre de la puerta sonó en aquel momento y Wall se alegró de la interrupción.

—Perdona —dijo, a la vez que se levantaba para abrir.

Era Chatts y sonrió al verle.

—Discúlpame, Gene —dijo—. Necesito hablar contigo un momento.

Wall extendió la mano.

—Entra —invitó.

—Tienes visita —dijo Chatts, reticente.

Karen se puso en pie.

—Ya me iba —manifestó.

—Te veré más tarde —dijo el joven.

Karen se marchó en silencio. Entonces, Chatts se encaró con

Wall.

—Hay un tipo que quiere hablar contigo, Gene.

—¿Su nombre?

—Gene Wally —contestó El Ojo.

CAPÍTULO X

Wally estaba acompañado de Haines, su hombre de confianza, y de dos sujetos más, de rostro estólido y cuerpo voluminoso. Al joven le parecieron guardaespaldas y, se dijo, no eran tipos precisamente amables, pero tampoco se mostraron hostiles con él. Simplemente, se limitaron a permanecer silenciosos, aunque no le quitaban ojo un solo instante.

—Siéntese —invitó Wally cortésmente—. Le agradezco mucho que haya venido. Carl, sirvele una copa, por favor. Dudey, aguarda fuera, ¿quieres?

—Sí, claro —contestó Chats.

Wall se sentó. Wally le estudiaba atentamente y el joven empezó a sentirse incómodo.

—Gracias —musitó, cuando Haines le puso un vaso en la mano.

—Amigo mío, el motivo de mi llamada es discutir cierto asunto del que usted, más o menos, está enterado —dijo Wally.

—Algo de eso hay —respondió Wall cautamente.

—Tenemos un chantajista que me está apretando las clavijas. Usted ya sabe algo de él. Creo que le dio una lección, ¿no?

—A él, no; a uno de sus secuaces. Pero está muerto.

—Se refiere a Dick Lane, sin duda.

—Exactamente.

—Era un tipo despreciable —calificó Wally—. Usted, creo, recibió una carta.

—Sí, señor.

—¿Dónde la tiene?

—No la tengo. La quemé inmediatamente, aunque luego fui al lugar donde debía depositar el dinero que me pedían y le preparé la trampa de la pintura amarilla. También saqué una fotografía, pero no se ve gran cosa; Lane se había disfrazado para la ocasión.

—Señor Wall, ¿puedo creer en su palabra, cuando me dice que

quemó esa carta?

El joven levantó una mano.

—Lo juro —dijo.

Wally sonrió.

—Me quita un peso de encima —manifestó—. No es por nada, pero en esa carta, supongo, decían cosas muy poco favorables de mí. Mentiras, calumnias, créame. No se puede alcanzar una posición sin crearse enemigos envidiosos de no haber conseguido lo que ellos querrían y de lo que son incapaces, ¿comprende?

—Perfectamente —contestó el joven.

—Eso es todo. Sólo quería cerciorarme de que la carta había sido destruida. Confío en su discreción, señor Wall.

—Puede tener la seguridad de que callaré. Sus negocios no me importan en absoluto.

Wally sonrió ladinamente.

—Una buena política, muchacho. Carl, acompáñalo, ¿quieres?

El joven se puso en pie. Cuando ya iba a salir, se volvió hacia el *gangster*.

—Señor Wally, en su opinión, ¿quién es el chantajista?

—No conozco su identidad todavía, aunque sí puedo decirle que es un sujeto que conoce a fondo la ciudad. ¿Piensa acaso que soy el único extorsionado? Se corren rumores de que hay docenas de tipos que le están pagando por su silencio. Simplemente, ha encontrado una mina de oro... pero como yo le ponga la mano encima, lamentará haber nacido —concluyó Wally con salvaje acento de odio.

Wall abandonó la casa en unión de Chatts.

—¿Qué te ha parecido Wally? —preguntó El Ojo.

—Se nota que ve películas de *gangsters* —sonrió Wall—. Parece uno de ellos... Aunque es un *gangster* auténtico, ¿verdad?

—Lo es, y muy peligroso. Nunca te pongas enfrente de él, Gene —aconsejó Chatts.

—Mis asuntos y los suyos son absolutamente distintos. Dudey, ¿qué sabes tú del tipo que conoce a toda la ciudad y se aprovecha de ello para chantajear a toda persona que tiene dinero?

Chatts elevó los ojos al cielo.

—Es un hombre terriblemente astuto, enormemente inteligente y con la suficiente discreción para que nadie pueda adivinar su

identidad. Pero no cabe la menor duda: ha encontrado una mina de oro y la está explotando a fondo.

—Y el que no paga, muere.

—Así es, hasta ahora.

—¿Los mata él en persona?

—No, claro. Emplea un profesional.

—Un tipo que cobra por matar a la gente.

—Justamente.

—Dudey, tú conoces a muchísimas personas. ¿Quién es el ejecutor del hombre de los cuervos?

Chatts se estremeció.

—No hagas preguntas, Gene —dijo—. Tú eres un buen chico, una persona decente, un hombre que va para premio Nobel dentro de veinte años. Deja este asunto...

—Dudey, dime quién es el asesino.

—Gene, ni siquiera se lo he dicho a Wally...

—¿Por qué no?

—Me da miedo.

—¿Quién? ¿Wally o el asesino?

—Los dos. No sé cuál es peor, Gene. Daría algo bueno por salirme de este asunto, créeme.

—Dudey, dime su nombre.

Hubo un momento de silencio.

—Está bien —cedió Chatts finalmente—. Si quieres suicidarte, allá tú.

Llamó a la puerta y esperó pacientemente, hasta que abrió un individuo alto, delgado, de cara pálida y ojos penetrantes.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—¿Rowe? —dijo el joven.

—Sí.

—Quiero hablar con usted.

—No le conozco.

—Me llamo Gene Wall, no Wally.

Hubo un instante de silencio. Luego, Rowe se echó a un lado.

—Entre —invitó secamente.

Wall cruzó el umbral. Rowe cerró la puerta con doble vuelta de llave.

—Hable —dijo.

—Usted ha asesinado a Varias personas, Rowe.

—¿De veras? Oiga, ¿quién le ha contado ese cuento...?

El puño del joven se disparó súbitamente, cuando la mano de Rowe iba hacia el interior de su chaqueta. El asesino se desplomó fulminado.

Wall se inclinó sobre él y le quitó un revólver de seis tiros y cañón muy corto. Luego arrancó los cordones de una cortina y ató al sujeto de pies y manos. Al terminar, empezó a buscar por toda la casa.

Media hora más tarde, encontró un trozo de la pared que sonaba a hueco. Como no veía la forma de abrirlo normalmente, fue a la cocina, buscó un cuchillo y lo insertó en una ranura apenas visible.

Algo chasqueó bruscamente. Un hueco quedó a la vista y Wall pudo contemplar una variada colección de armas de todas clases, así como unos cuantos cartuchos de dinamita, mecha, fulminantes y hasta un par de relojes.

Regresó a la sala. Rowe se debatía inútilmente, tratando de soltarse de las ligaduras. Sus ojos despedían llamaradas de odio absoluto.

—Maldito...

Wall le miró fríamente.

—Ha asesinado a algunas personas por dinero —dijo—. La Policía encontrará su arsenal y comparará las balas que, seguramente, quedaron en los cuerpos de sus víctimas. Tiene suerte de que ninguno de los muertos fuese de mi familia; de lo contrario, le mataría aquí mismo. Pero ya puede despedirse del aire libre para el resto de sus días.

Rowe lanzó un aullido de cólera, pero el joven caminaba ya hacia la puerta. Una vez en la calle, buscó una cabina telefónica y llamó a la Policía.

Alguien llegó antes. El hombre entró en el apartamento y contempló al asesino, tendido en el suelo y atado como un salchichón.

—¿Quién lo ha hecho? —preguntó el recién llegado.

—No lo sé. Dijo llamarse Gene Wall, pero nunca le había visto...

El intruso asintió en silencio. Luego se metió en el interior de la casa.

—¡Eh, suélteme! —gritó Rowe—. Le pagaré bien...

El intruso encontró el arsenal y regresó a la sala con una pistola en la mano.

—Adiós, Rowe —murmuró.

El cuerpo del asesino dio un tremendo bote cuando la bala le perforó el cráneo. Luego, con todo cuidado, el intruso limpió la pistola y la devolvió a su sitio...

Cuando llegó a la calle, se oía ya el sonido estridente de una sirena policial que se acercaba a toda velocidad. Tranquilamente, el sujeto se mezcló con la gente que transitaba por la acera y se perdió sin dar la menor muestra de intranquilidad.

Wall regresó a su casa y se encontró con una sorpresa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

Lorna se puso en pie.

—Quiero hablar contigo, si no tienes inconveniente —manifestó.

El joven se volvió hacia la puerta.

—No estaba cerrada con llave —agregó ella—. Eres muy descuidado, Gene.

—Los ladrones no encontrarían nada de valor —respondió Wall—. ¿Te apetece algo, de beber?

—No, gracias, Gene, ¿qué sientes tú hacía mi sobrina?

El joven respingó.

—Somos buenos amigos, eso es todo —dijo.

—Yo diría que hay algo más entre los dos.

—¡Tonterías! —resopló Wall—. Es joven, una chica preciosa... pero cada uno vivimos en un mundo distinto.

—Ya, tú en la Tierra y ella en Marte —dijo Lorna, sarcástica.

—Demasiado sabes lo que quiero decir. Pero eso no importa ahora. ¿O has venido a hablarme solamente de lo que hay entre Karen y yo? Repito que no es sino una buena amistad.

—Pienso que eres el hombre ideal para ella, Gene. Sin embargo, en estos momentos, Karen se encuentra en un apuro.

—El chantajista.

—Exacto.

—Por tu culpa.

Lorna cerró los ojos un instante y respiró profundamente.

—Lo admito —contestó—. Mi comportamiento no ha sido todo lo... correcto que se esperaba de mí. Pero es preciso tener en cuenta la actitud de mi hermano. Se había erigido en el jefe de la familia;

en un hombre dominante, absolutista, que no admitía réplica a sus decisiones...

—Esa historia no cuela, Lorna —dijo el joven tranquilamente.

Ella respingó.

—¿Vas a decirme ahora que mi hermano no tiene la culpa de lo que me está pasando?

—¿Por qué? ¿Qué culpa tiene

3 W

de tus extravíos? Comprendo que no quisieras casarte con el hombre que él deseaba y hasta que te marchases de casa. Te enamoraste de Gavin Garnett y luego resultó un granuja. Pero no lo abandonaste, no reaccionaste de la misma manera que hiciste con tu hermano. Seguiste con él y te viste en apuros con la justicia, cuando ya sabías la clase de tipo que era. Garnett murió de la forma que debía morir, dada su catadura. Pero tú, ¿qué hiciste después? Ya tenías años para saber lo que estaba bien y lo que estaba mal. Y, sin embargo...

—¡Basta, no sigas! —cortó Lorna, muy nerviosa.

—No puedo callarme. Las costumbres actuales tienden a buscar culpables en los demás, cuando es uno mismo el que se hace o se deshace a sí mismo. Estoy de acuerdo en que no quisieras volver con tu hermano, pero pudiste buscar una salida más... decorosa.

—¿Cuál, por ejemplo?

—Trabajar.

Lorna le miró, atónita.

—Trabajar —repitió.

—En efecto, no es nada deshonesto. Aunque sí incómodo y fatigoso y tú, sin embargo, tiraste por la senda del mínimo esfuerzo. Podrías haber encontrado un empleo, no sé, de cualquier clase; hay trabajos para los cuales no se necesitan conocimientos especiales y ninguno es deshonesto, por humilde que sea. No echas a nadie culpas que sólo son tuyas, Lorna; no te lamentes, diciéndote que la vida te ha tratado mal, porque la vida es algo muy propio de cada uno y todos podemos hacer que sea como queremos o, por lo menos, casi como queremos.

—Eres todo un filósofo —sonrió ella.

—Digo exactamente lo que pienso —contestó Wall—. Pero todavía eres joven y estás a tiempo de salvarte.

—Ah, ya me ves hundida...

—Si sigues como hasta ahora, sí, desde luego. Dempsey se cansará de ti cuando menos lo esperes y, como hizo con Maisie Glengan, te echará a patadas de su casa. ¿Qué harás entonces? ¿Llamarás a Tracy Moore y le dirás que necesitas clientes? Tu profesión actual exige juventud y belleza y ya no eres una niña, aunque lo parezcas. Es hora de que tomes una decisión; no la demores demasiado.

Lorna parecía muy impresionada por las palabras del joven.

—No sé... Déjame pensar en algo... Tengo que meditar mucho...

—Indudablemente, lo necesitas.

Sobrevino una pausa de silencio. Luego, Lorna se puso en pie y sonrió.

—¿Sabes? ahora me encuentro mucho mejor que cuando vine a verte —manifestó—. Te lo debo a ti. Me has abierto los ojos y veo las cosas con mayor claridad.

—Lo celebro.

—Pero debes ayudar a Karen. Ella es absolutamente inocente de mis problemas.

—Trataré de hacerlo.

—Es una chica magnífica. Aunque sea una rica heredera, no dejes que te atormente ese pequeño detalle.

—¡Pequeño detalle! —rió Wall—. Un detalle de varios millones...

—Tú tienes algo que vale infinitamente más —se despidió Lorna.

Wall se quedó solo, muy pensativo, reflexionando sobre las últimas palabras de la visitante. Pero no tardó en encontrar una respuesta para sus dudas.

Karen era una muchacha hermosa, simpática, agradable, que sentía hacia él cierto afecto. Sin embargo, cuando le propusiese ser algo más que simples amigos, se reiría de él y le diría que quién se había creído que era. No, lo mejor era abandonar aquellos sueños que nunca podrían realizarse.

Un poco más tranquilo, se puso a trabajar, pero no tardó mucho en sufrir una nueva interrupción.

Dudey Chatts entró y buscó algo con la mirada. Wall sonrió al indicarle un armarito.

—Allí está —dijo—. En el frigorífico hay hielo.

—Me gusta puro, sin añadidos —declaró Chatts.

Abrió la puerta del armario, sacó una botella y un vaso y se sirvió una larga dosis. Bebió un par de tragos, chasqueó la lengua y luego se limpió los labios con un pañuelo.

—Se han cargado a Rowe —dijo.

Wall levantó las cejas.

—Pensé que estaría en los calabozos de la Policía.

—Lo encontraron atado de pies y manos y con un balazo en la cabeza. Alguien le disparó con una de sus propias armas. Cuando llegaron los primeros policías, aún sangraba, pero ya había muerto.

—Entonces, tuvo que ser muy rápido. El asesino esperaba a que yo saliese de la casa de Rowe.

—No cabe duda alguna, pero ¿por qué lo hiciste?

—Tenía buenos motivos para ello, Dudey. Tú ya sabes que el chantajista amenaza con matar al que no le paga.

—Sí, es verdad.

—Rowe era un tipo que conocía bien su oficio. Mataba por dinero, pero no dejaba rastros y, aunque se sospechase de él, nadie podría probar que había cometido un asesinato.

—Nunca pudieron arrestarlo, en efecto —dijo Chatts.

—Bien, en cierto modo, Rowe era el arma del chantajista. Pero ¿qué hará éste sin su arma?

—Creo que entiendo. No podrá amenazar a sus víctimas, porque él mismo no se atreverá a matar al que no le pague.

—Exactamente, Dudey, eso es lo que yo pensé. Si alguien no le paga, puede hacer públicos sus secretos inconfesables, pero con eso no gana dinero.

—Cierto, no consigue beneficios.

—Yo quería que la Policía arrestase a Rowe. Con todas aquellas armas en su casa, la dinamita y los demás artefactos, le habría sido muy difícil salir bajo fianza. Pero, por lo visto, alguien se me anticipó.

—Seguramente, el mismo hombre de los pájaros negros.

—Tal vez —admitió el joven—. En esta ocasión, como cuando mató a Lane, tuvo que hacerlo él mismo, pero no eran situaciones idénticas a las de Holmes o Auckland, en donde se necesitaba una mano experta. De todos modos, le hemos dejado sin dentadura.

—Todavía puede morder, Gene.

—Sí, pero ya no será igual, Dudey. Y él tiene que saberlo a la fuerza y, por dicha razón, es muy posible que acabe descubriéndose.

—¡Hum! —dudó Chatts—. Es un tipo fenomenalmente astuto; nadie sabe quién es, ni tiene la menor noticia de su identidad... Sabe esconderse muy bien, ¿comprendes?

—Eso es muy cierto. Oye, dime una cosa. ¿Por qué me llamó Wally?

—Quería saber si era cierto que habías recibido una carta del chantajista. También deseaba conocerte personalmente.

—Espero que haya sacado de mi buena impresión —dijo—. Aunque, de todos modos, la opinión de Wally no me interesa en absoluto. Dispensa, si es amigo tuyo.

—Bueno... nos relacionamos por asuntos de negocios —contestó Chatts maliciosamente—. A veces, me contrata, para que le consiga informes.

—¿Eres detective privado?

—Sin licencia —rió el sujeto—. Voy aquí y allá, veo, oigo, callo y, cuando alguien lo necesita, le digo lo que le interesa.

—Mediante un precio.

—Nadie trabaja por amor al arte, Gene.

—Entonces, debes de conocer a cantidad de gente de la ciudad.

—¡Huy, ya lo creo! sé cosas que ni siquiera te imaginarías... y si yo quisiera sacar dinero de esos secretos, me haría de oro, te lo aseguro. Pero es demasiado arriesgado. Los chantajistas, al final, siempre acaban mal.

—¿Por qué, Dudey?

—Alguien se cansa de pagar y usa una pistola. Conozco un par de casos que terminaron así y no me gustaría ir al cementerio antes de tiempo. Con lo que hago ahora vivo bien y sin problemas.

—Lo celebro. Dudey, recuerda lo que te dije: si encuentras al tipo de los cuervos, avísame. Alguien te dará una bonita recompensa.

Chatts terminó de vaciar su vaso.

—Lo tendré en cuenta —se despidió.

CAPÍTULO XI

Transcurrió una semana sin que ocurriese nada de particular. De pronto, Wall recibió una llamada de su amigo Dempsey.

—Necesito que me hagas un favor, Gene.

—¿De qué se trata?

—Un conocido, Eben Harrington, me debe cierta suma. No tiene efectivo y hemos acordado que me ceda unos bonos del Tesoro. ¿Querrás recogerlos?

—Bert, no quisiera ofenderte, pero ¿por qué no vas tú mismo? —preguntó el joven malhumoradamente.

—Hombre... Si no quieres, ya iré yo, pero estoy muy ocupado... Y no me fío demasiado de Harrington, ¿sabes? Si no consigo hoy esos bonos, es posible que se largue del país y me deje con un palmo de narices.

—¿Estás ocupado con Lorna?

Dempsey soltó una alegre carcajada.

—Lorna queda para mis ratos de ocio, que no son demasiados —contestó—. Vamos, sé buen chico y tráeme los bonos. Harrington ya conoce tu nombre y te está aguardando.

—De acuerdo —se resignó el joven—. ¿Dónde vive?

Dempsey le dio la dirección. Wall la anotó y colgó el teléfono.

Inmediatamente fue a cambiarse de ropa. Cuando se disponía a salir, se encontró con Karen en el umbral.

—Pensaba que estabas muerto —dijo ella.

—Sigo agradablemente vivo —sonrió Wall—. ¿Qué te indujo a adoptar tan fúnebres pensamientos?

—Tu silencio, Gene.

—Karen, preciosa, en cierto modo, soy tan tenaz como tu padre, y estoy empeñado en conseguir mi título. Trabajo día y noche, ¿comprendes?

—Pero, en algún momento, descansarás.

—A ratos.

Ella hizo un gesto desilusionado.

—Quería que me invitasen a almorzar en el restaurante de la playa —manifestó.

—Ahora es imposible. Tengo que hacer un recado a mi amigo Dempsey. Aunque, si no te importa, permitiré que me lleves en tu coche.

—Está en la puerta. Y, a propósito de tu amigo. ¿Sabes lo que dice mi padre de él?

—Seguramente querrá hacer negocios con Dempsey, ¿no?

—No —contradijo ella—. Papá dice que es imposible que Dempsey tenga pozos de petróleo en Tejas. Será en alguna otra parte, pero en Tejas, no.

Wall arrugó el entrecejo.

—¿Cómo puede saberlo? —preguntó.

—Bueno, es su profesión... Quiero decir que normalmente está bien informado de ese mercado y de otros por el estilo. Los hombres de negocios conocen datos que permanecen ignorados para el común de los mortales y saben muy bien quiénes son y quiénes no son en su mundo. Dempsey habrá conseguido su fortuna en alguna otra parte, pero, en el negocio del petróleo, rotundamente, no, Gene.

Wall no contestó. Profundamente pensativo, se acomodó en el coche junto a Karen y permaneció en silencio durante un buen rato.

Prácticamente permaneció callado durante todo el trayecto. Cuando ya llegaban a las inmediaciones de la residencia de Harrington, volvió a despegar los labios.

—Karen, ¿podrías conseguirme una entrevista con tu padre?

—¡Pues claro que sí! —contestó ella—. ¿Por qué no vienes a cenar con nosotros esta noche? Así conocerás a mis padres y luego, después de la cena, podrás hablar con él todo lo que quieras. ¿Te parece bien?

—Estupendo.

Wall se apeó y dirigió una brillante sonrisa a la muchacha.

—Eres un verdadero encanto, Karen —se despidió.

Ella le vio alejarse con la sonrisa en los labios. Al cabo de unos segundos, pisó el acelerador y siguió su camino.

Un minuto más tarde, Wall se hallaba en presencia de

Harrington, un sujeto más alto aún que él, tremendamente fornido y de unos cuarenta años de edad.

—Vengo a recoger los bonos del Tesoro. Soy Gene Wall —dijo.

La respuesta de Harrington fue totalmente inesperada. Cerró la mano, disparó el puño y golpeó la mandíbula del joven. Wall sintió un estallido de luces de todos los colores y perdió el conocimiento.

Cuando lo recobró, estaba en medio de la calle. Se tanteó la mandíbula, que notó hinchada. Por fortuna, conservaba la dentadura. Pero la actitud de Harrington le resultaba incomprensible.

Haciendo un esfuerzo, consiguió ponerse en pie. Maquinalmente, volvió la cabeza.

Harrington estaba asomado a una de las ventanas de la casa.

—¡Llévele mi respuesta al bastardo de los pájaros negros! —gritó burlonamente.

Entonces, de golpe, Wall supo la verdad.

Y se sintió terriblemente furioso.

Salió de la tienda con unos paquetes en la mano, los dejó en el lado derecho del asiento y luego ocupó su puesto tras el volante. Hizo girar la llave de contacto, pero el motor no respondió.

Karen frunció el ceño. No era corriente que el motor le fallase. Hasta aquel momento, había funcionado a la perfección, pero ahora no daba señales de ponerse en movimiento.

Consultó los indicadores. Todo estaba en orden: había carga en la batería y gasolina en el depósito. No había, por tanto, motivos para temer un fallo de aprovisionamiento. La causa, sin duda, era mecánica.

—En un Mercedes... —murmuró.

De pronto, alguien se le acercó, sonriendo cortésmente.

—Está en un apuro, parece —dijo.

—Pues... sí —contestó la muchacha—. Mi coche no arranca.

—Me gustaría ayudarla, pero, por desgracia, entiendo poco de mecánica. Sin embargo, mi coche está cerca y me permito ofrecérselo para llevarla a su casa, señorita Stapleton.

—Ah, me conoce usted...

—Soy Bert Dempsey.

—¡Dempsey! —exclamó ella—. ¡El amigo de Gene!

—Exactamente. ¿Acepta mi invitación?

—No querría molestarle...

—Al contrario, será un placer... Por favor, deje que le lleve los paquetes...

Momentos después, Karen se hallaba a bordo del coche de Dempsey. El hombre empezó a charlar volublemente y ella escuchó grandes elogios de Wall. Así supo que Dempsey lo apreciaba enormemente y que nunca estaría lo bastante agradecido por el inmenso favor que le había hecho años atrás.

—Es un muchacho de todas prendas y yo deseo sinceramente que consiga llegar a ser algo en este mundo —dijo el exdetective.

Karen sonrió, satisfecha. De pronto, notó un pinchazo en el muslo izquierdo y se quejó.

—Perdone —dijo Dempsey—. Creo que llevo algo punzante en el pantalón...

Ella se volvió para mirarle, pero le vio borroso. Entonces supo que había caído en una encerrona, pero era ya tarde para defenderse.

Karen se durmió, ignorante de que un coche les seguía a corta distancia.

—No les pierdas de vista, Carl —gruñó Wally.

—Descuide, Gene —contestó Haines.

CAPÍTULO XII

Wall entró en la casa sin molestarse en llamar. Lorna salió a su encuentro y se sorprendió al verle terriblemente encolerizado.

—¡Gene! ¿Qué te sucede? —preguntó.

—¿Dónde está Bert?

—Salió hace un rato... No me dijo adónde iba...

Wall echó a andar nuevamente. Segundos después, se hallaba ante una puerta cerrada con llave.

—Te ha prohibido también que entres aquí, ¿verdad?

—Sí, y no me importa lo que pueda haber ahí adentro...

—A mí sí me importa —contestó el joven.

Se acercó a la puerta y golpeó con todas sus fuerzas, usando el pie derecho. Al segundo golpe, la cerradura saltó con tremendo chasquido.

Wall se volvió hacia Lorna, sonriendo satisfecho. Ella parecía estupefacta.

—¿Sabes? Bert es el hombre de los pájaros negros.

Lorna se tapó la boca con una mano.

—Dios mío... ¿Cómo...?

—Celebramos su cumpleaños en mayo y nació en vísperas de Navidades. Fue detective profesional muchísimos años y llegó a conocer secretos inconfesables de gran cantidad de gente. Sin duda, se cansó de una vida miserable y se trazó un plan que, hasta el momento, le ha rendido ganancias muy considerables. Sólo una persona como Bert podía saber tanto de tanta gente, ¿lo entiendes ahora?

—Pero eso no son más que conjeturas... Quizá tenía ganas de celebrar una fiesta y usó la excusa del cumpleaños.

—En realidad, son conjeturas, pero hay algo que sí ha resultado ser real. —Wall se señaló en la mandíbula—. Hoy me envió a recoger un paquete, que debía entregarme un tal Harrington, unos

bonos del Tesoro, como pago de una deuda. ¿Sabes lo que me dio Harrington?

—No. ¿Se negó a pagar?

Wall señaló su mentón, en el que se veía una hinchazón ya amoratada.

—Me pegó un puñetazo, me dejó sin sentido y luego dijo que era su respuesta al mensaje del bastardo de los pájaros negros. Ahora ya lo entiendes, ¿verdad?

—No me lo puedo creer... Pero, entonces, ¿por qué me hizo venir a su casa?

—Imagínatelo.

Lorna enrojeció hasta la raíz del cabello. Wall apartó la puerta y entró en aquella habitación.

Encendió las luces. Las ventanas estaban tapiadas.

Había varios archivadores metálicos y un completo laboratorio fotográfico. Wall sonrió sarcásticamente al ver todo aquello.

—Éstos son los pozos de petróleo de Dempsey —dijo.

—Me siento abrumada... ¿Cómo pudo hacerlo, Gene? —preguntó Lorna con acento lleno de aflicción.

En aquel instante, se oyó el ruido de la puerta de entrada, que se abría y cerraba. Wall agarró el brazo de Lorna.

—Silencio —susurró.

Pisando de puntillas, salió del cuarto secreto, atravesó otra habitación y llegó a la sala. Entonces vio algo que le dejó mudo de estupor.

Karen yacía sobre un diván, completamente inconsciente. Dempsey, inclinado sobre ella, estaba quitándole las ropas.

Durante un segundo, Wall sintió la tentación de arrojarle contra el sujeto, pero luego se lo pensó mejor y regresó corriendo al laboratorio.

Cuando volvió a la sala, Karen estaba solamente con el sostén y las bragas. Wall alargó la mano.

—Toma, Bert, aquí tienes la cámara fotográfica.

Dempsey se disponía a quitarle el sostén a la muchacha y se irguió, volviéndose hacia el joven.

El rostro de Dempsey aparecía gris como la ceniza.

Lorna entró corriendo con una sábana en las manos y cubrió el cuerpo de su sobrina. Luego, sin poder contenerse, asestó una

terrible bofetada al exdetective.

Dempsey rodó por el suelo. Ciego de cólera, fue a sacar una pistola, pero Wall pateó su muñeca y el arma voló por los aires.

—Se han acabado tus trucos, Bert —dijo.

Dempsey sacudió la cabeza y se incorporó lentamente.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó.

—Harrington me golpeó cuando le pedí los bonos.

—¿Te dijo algo?

—Mencionó a tus antepasados y añadió algo sobre unos cuervos.

—Ya —Dempsey forzó una sonrisa—. Bueno, la comedia se acabó.

—No, no se ha acabado todavía. Tienes que responder de varias muertes...

—No hay pruebas, Gene —dijo Dempsey cínicamente.

—La Policía investigará en el cuarto de Barba Azul.

Dempsey volvió a palidecer.

—Has entrado ahí...

—¡Claro! ¿De dónde, si no, iba a sacar la cámara?

Wall miró a la muchacha, que empezaba a agitarse.

—Eres un cerdo asqueroso —dijo rabiosamente—. Puesto que ella no pagaba, tú pensabas obtener fotografías comprometedoras, para venderlas a alguna revista escandalosa, ¿verdad?

—Así es la vida, Gene, no te mortifiques demasiado.

—Eres un miserable. Has abusado de mi amistad; me hiciste ser cómplice de tus inmundas maniobras, enviándome a pedir unas acciones a Lowell, cuando lo que te dio debía de ser un succulento fajo de billetes. ¿Cuánto te pagó por tu silencio?

—Cincuenta mil.

—Has hecho una fortuna, Bert. ¿Cuáles eran tus ganancias?

—Unos cien mil mensuales —Dempsey soltó una irónica carcajada—. La gente es tonta y prefiere pagar antes que soportar un poco de escándalo.

—Sí, tú tienes mucha experiencia. Fuiste detective durante años enteros y, sin duda, conseguiste gran cantidad de secretos, que ahora explotabas para tu beneficio particular. Debí haberlo supuesto mucho antes; tal vez así, se habrían evitado cosas irremediables. Una vez, alguien dijo que el chantajista era un tipo sumamente astuto. No recordé entonces que a ti te llamaban así

precisamente, El Astuto, cuando trabajabas como detective. ¿Te cansaste de ganar una miseria, Bert?

—¿No eres capaz de adivinarlo? Estaba harto y decidí que el mundo me debía algo y que tenía que conseguirlo como fuese. ¿Acaso son mejores que yo los tipos a los que explotaba? Algunos han cometido asesinatos, que siguen quedando impunes hasta ahora. Si querían seguir libres, tenían que pagar un precio por su libertad.

Wall señaló a Karen, que ya daba muestras de recobrar el conocimiento.

—¿Y ella? ¿También tenía un pasado vergonzoso?

—No, pero su padre tiene mucho dinero... y una hermana cuya vida no ha sido precisamente ejemplar —se burló Dempsey.

Los puños del joven se crisparon. Avanzó un paso, pero se contuvo y volvió la cabeza hacia Lorna.

—Avisa a la Policía —ordenó—. Tendrás que soportar la publicidad, pero no te queda otro remedio, ¿comprendes?

Lorna asintió.

—Estoy decidida —repuso.

—Bert, ¿cómo se te ocurrió firmar con unos pájaros negros? —preguntó el joven.

—Resultaba impresionante, ¿no? Mucho más que un seudónimo...

Una voz bronca sonó repentinamente en la puerta de la sala:

—¡Señora, deje ese teléfono!

Wall giró en redondo. Wally y Haines estaban en la entrada, armados ambos con sendas pistolas. Lorna, amedrentada, retrocedió unos pasos.

—Al fin he dado contigo —dijo Wally—. De modo que eras tú el que quería sacarme setenta y cinco de los grandes, ¿eh?

—Puedes pagar, me parece —contestó Dempsey fríamente.

—Sí, puedo pagar... ¡en plomo!

La pistola de Wally escupió dos sonoros fogonazos. Dempsey dio un salto y cayó al suelo.

Lorna chilló. Wally la apostrofó brutalmente:

—¡Cierra el pico, zorra! —gritó—. Carl, registra la casa, en algún lugar este tipo tiene escondidos los documentos que me interesan.

Haines atravesó la sala y desapareció momentáneamente.

Wall se encaró el *gangster*.

—Y ahora, ¿qué? ¿Va a matarnos también a nosotros? Porque le hemos visto disparar contra Dempsey y yo, al menos, no pienso quedarme callado...

El joven se interrumpió repentinamente. El estridente sonido de una sirena de la Policía se hacía cada vez más cercano.

Espantado, Wally dio media vuelta y echó a correr. Haines apareció segundos después, terriblemente amedrentado.

Corría también con desesperación, pero no pudo llegar a la puerta. La pierna de Wall se movió bruscamente. Haines tropezó, cayó de bruces, se golpeó la frente contra la pata de una mesa y se quedó inmóvil.

Fuera sonaron unos gritos:

—¡Alto! ¡Policía! ¡Tire al arma!

Estallaron varias detonaciones. Alguien emitió un terrible alarido.

Wall se asomó a la ventana. Wally yacía en el suelo, boca abajo, todavía con la pistola en la mano. Dos hombres de uniforme se le acercaban cautelosamente.

En aquel momento, Karen se sentó en el diván y se asombró al verse envuelta en una sábana.

—¿Qué me ha pasado? ¿Por qué estoy aquí? —preguntó con voz torpe.

Wall hizo un gesto con la cabeza.

—Lorna, llévatela a otra habitación —indicó.

—Sí, Gene.

Un policía de uniforme se asomó a la puerta. Wall hizo un gesto con la mano.

—Entre, agente —invitó—. Hay muchas cosas que deben saber ustedes.

Wall se preguntó quién demonios había avisado a la Policía. Lo supo aquella noche, cuando le llamó Chatts.

—Llegaron a tiempo, ¿eh? —dijo el confidente.

—Según se mire. Dempsey había muerto ya... Conque fuiste tú, Dude.

—Bueno, vi a Wally y a Haines, que seguían al coche en que viajaban Dempsey y la chica, y me imaginé lo que iba a pasar.

Empezaba a sospechar de Dempsey, ¿sabes?

—¿Alguna razón especial, Dudey?

—Un amigo le vio salir de la casa de Rowe, poco antes de que descubrieran el cadáver. Dempsey iba a pie. ¿Por qué no usaba el Rolls? Bueno, adiós, muchacho; sospecho que vamos a tardar mucho en vernos de nuevo.

—Gracias por todo, Dudey.

—También tenía una cuentecita pendiente con Wally. Hubo un tiempo en que yo tenía un buen negocio y él me arruinó... pero eso ya no tiene importancia.

Chatts colgó el teléfono. Wall suspiró y empezó a pensar de nuevo en su trabajo.

Estaba en la playa, tendido a la sombra producida por una lona sostenida por dos varillas metálicas, que formaban así una especie de media tienda de campaña. A la derecha tenía un aparato de radio, del que brotaba una música suave, de fondo, y a la izquierda, una nevera portátil, con botellas y hielo.

Alguien se sentó de pronto a su lado.

—Al fin disfrutas de tus vacaciones —dijo Karen.

Wall volvió la cabeza.

—Era hora ya, ¿verdad?

—Sí, pero ¿por qué no me llamaste ni una sola vez en todas estas semanas?

—No podía: Quería concentrarme absolutamente en mi tarea.

—Bueno, pero al acabar, podías...

—Estaba muy fatigado.

—¿Aún estás cansado?

—Empiezo a recuperarme. ¿Qué noticias tienes de Lorna?

—Está bien. Se ha reconciliado con mi padre. Ahora viaja por Europa. Pasará por allí un año o cosa así.

—Le conviene, claro.

—Sí, es cierto.

Karen vestía un sencillo traje de color amarillo, que se abría por delante. Después de quitárselo, quedó en traje de baño de dos piezas.

—Ah, olvidaba una cosa —exclamó de pronto. Abrió el bolso y sacó un sobre, que tendió al joven.

—¿Qué es esto? —preguntó Wall.

—Un borrador de contrato. La Heering Researchs Physical Chemical quiere tenerte como investigador. Son buenas condiciones y se te concederá plena libertad en tu trabajo, dentro de la línea general de la empresa.

Wall miró recelosamente a la muchacha.

—Karen, ¿qué tiene tu padre que ver con la Heering?

—¿Te importaría mucho si fuese verdad?

—No me gustan ciertos métodos...

—No seas tonto —se indignó ella—. Mi padre tiene un buen paquete de acciones de la Heering, es cierto; pero ahí no contratan a ignorantes ni tampoco admiten recomendaciones. Hombre, si fuese para mozo de limpieza... Pero todo un doctor en Física, como tú... Si no valieses, no te contratarían, tenlo por seguro.

—De acuerdo, de acuerdo. Leeré el contrato y estudiaré sus condiciones. Pero no empezaré a trabajar hasta que termine mis vacaciones.

—No hay objeción —dijo Karen—. Por cierto, nos debes todavía una aceptación para cenar en mi casa. ¿Por qué no vienes esta noche? Mis padres, sobre todo, él, son bastante formalistas. Les gustaría que fueses, Gene.

—Me pregunto qué dirán cuando me vean.

—Dirán que sí, claro. Es decir, si les haces la pregunta que ellos esperan que les hagas.

—¿Qué pregunta, Karen?

Ella se puso seria, pero la risa asomaba a sus ojos.

—Señor y señora Stapleton, ¿quieren ustedes concederme la mano de su hija Karen?

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 50 PTAS.

